

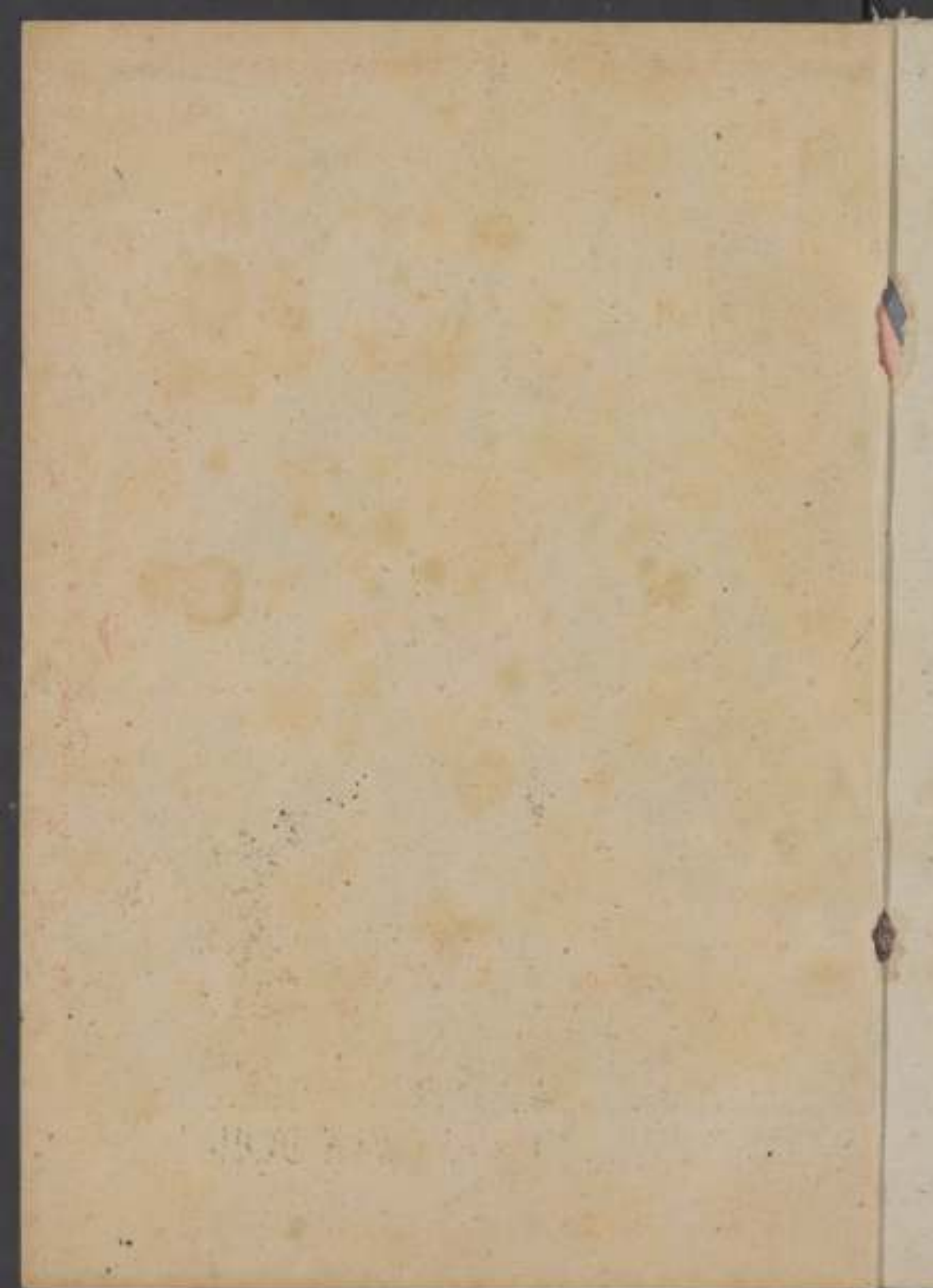
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ALFA

Laurenz J. Corais

La HORA RADIANTE



JOAN CRAWFORD * MELVYN DOUGLAS
MARGARET SULLAVAN ROBERT YOUNG





**LA HORA
RADIANTE**



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, 254 - Teléfono 70657

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROMOTOR: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 10667 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbarrá, 16, Barcelona-Teléfono, 17, Madrid

EDITORIAL

ALFA



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 73

NUM. 323

LA HORA RADIANTE

Una bailarina que actúa en un club nocturno de Nueva York, no es precisamente la esposa que una madre desearía para su hijo, ni una hermana la quisiera para cuñada. Joan Crawford situada en el difícil papel de ser la esposa no deseada por el resto de la familia salva la situación y acaba conquistando el cariño de todos aquellos que la despreciaron.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Olivia Riley	JOHN CRAWFORD
Judy Linden	Margaret Sullivan
David Linden	Robert Young
Henry Linden	MELVYN DOUGLAS
Ana Linden	Fay Bainter
Roger Q. Franklin	Ellen Joslyn
Belvedere	Hattie MacDaniel
Carlos Collins	Oscar O'Shea
Benny Collins	Frank Albertson
Berti	Harrie Baris

Director:

FRANK BORZAGE

Novelización de
MARCOS ESTRADA

LA HORA RADIANTE

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UNA MISION URGENTE

EN la rica y pacífica mansión de los Linden en Milwaukee había ocurrido algo que sólo era comparable a un ciclón, un terremoto, la erupción de un volcán, o las tres cosas a la vez.

En las crónicas sociales de los diarios de Nueva York se leía una noticia, curiosa para todos, y terrible para la familia del interesado.

«Henry Linden, según rumores, iba a casarse con la bailarina Olivia Riley.»

La hermana de Henry Linden, Ana, había sido la primera en leer el notición y apenas tuvo aliento para llamar a su otro hermano, David, para informarle de lo que ocurría.

Tal vez se trataba de un infundio periodístico, una broma de mal gé-

nero, no era necesario darle tanta importancia.

No opinaba así Ana, solterona entrada en años, acostumbrada a gobernar la casa y las vidas de sus dos hermanos, a pesar de que David, el menor, ya estaba casado con Judy, dulce jovencita de la vecindad, cuyos amores con su esposo databan de los días en que iban al colegio.

El matrimonio de David había sido lo que debía ser para un Linden: Una muchacha de su misma clase, rica, instruida, bien educada y bonita. Pero ¿una bailarina? jamás entraría una bailarina a formar parte de la familia Linden, una de las más ricas de Milwaukee, respetada, adinerada, anticuada, gente no obstante, muy digna y apreciable.

El caso de Henry Linden, que se

hallaba pasando temporada en Nueva York, fué declarado urgente por Ana, y sin consultar para nada a Judy, consulta innecesaria en cualquier caso, ya que aquélla nunca se le hubiese ocurrido hacer la contra a su cuñada, decidió que David debía partir hacia Nueva York en el primer avión que saliera de Milwaukee, aunque tuviera que viajar toda la noche. No era posible esperar al día siguiente, y mucho menos tomar el tren, cuya lentitud no se ajustaba a la excitación nerviosa de Ana, que hubiera querido ir personalmente a la gran urbe para evitar que su hermano Henry cometiera la barbaridad que le atribuya la prensa.

De todas maneras, aleccionó tanto a David que éste partió decidido a impedir una boda que, caso de realizarse, sería la vergüenza de la familia y posiblemente la ruina.

En un lujoso «Clipper» de los que hacen el servicio intercontinental, David Linden emprendió el viaje, viaje que duraría toda la noche, ya que el avión no llegaba a Nueva York hasta las diez de la mañana. El transporte iba bien equipado con camas para el reducido número de pasajeros que conducía, comedor y bien acondicionado lavabo.

Puesto ya en camino, David tuvo tiempo de meditar sobre su ingrata misión, pero acostumbrado a obede-

cer ciegamente a su hermana mayor, ni por un instante se le ocurrió que iba a hacer un papel ridículo, ya que Henry era mayor que él y podía casarse con quien le pareciera bien. David había aceptado las teorías de su hermana acerca de quién convenía y quién no convenía como esposa de Henry, y estaba seguro de que él podría persuadir a aquel que abandonara semejante descabellada boda, si es que realmente había pensado en ello. Con estas meditaciones se durmió David, a pesar del ruido del motor y de la conversación de sus vecinos de camarote.

Amaneció un día magnífico y los expertos en viajes se levantaron pronto para ser los primeros en disponer del lavabo, antes de que se quedara el depósito sin agua, o algún pasajero desaprensivo dejara el lugar inservible.

David creyó ser de los primeros en levantarse. La camarera se cruzó a su paso.

—Buenos días, señor. ¿Ha descansado usted?

—No — contestó David automáticamente.

Se dirigió al lavabo y con gran sorpresa encontró allí a dos pasajeros que ya estaban afeitándose.

—Buenos días — dijo uno de los hombres.

—Buenos días — contestó David.

—¿Ha descansado usted?

—¡No!

La rutina de la pregunta molastaba a David, porque en realidad es muy difícil dormir bien en un avión y casi imposible cuando se va preocupado, como iba él por un asunto trascendental para el honor de los Linden.

Miró extrañado al pasajero a David por su inusitada contestación y siguió afeitándose.

Otro viajero penetró en el lavabo.

—Buenos días—dijo en general.

—Buenos días—contestó el que se afeitaba. ¿Ha descansado usted?

—¡Estupendamente! ¿Y usted?

—Muy bien.

Los dos hombres se pusieron a hablar, prescindiendo del malhumorado David, que estaba luchando con un espejo de mano para poderse afeitar.

—Ocurren cosas tan raras hoy en día—dijo uno de los hombres—que los titulares en las primeras páginas de los diarios son algo de miedo.

—Esto me pasa a mí con la página deportiva—contestó el otro.

—¿Es usted de Brooklyn, verdad?

—Sí.

—Pues fíjese, aquí dicen que la bailarina Olivia Riley se va a casar—y al decir esto, abrió el diario y dió a leer el párrafo al amigo—. Es algo sorprendente, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! ¿La ha visto usted alguna vez?

—Sólo en fotografía.

—¡Pues yo la he visto bailar! ¡Es estupenda!

—¿Ah, sí?

—Después de haberla visto me olvidé de todo durante quince días

—y sonrió el buen hombre ante el recuerdo—. Pero lo más raro del caso es la persona con quien se va a casar.

—¿Con quién?

—Pues aunque no lo crea usted, con Henry Linden!

—¿El de la Junta Agrícola?

—El mismo. ¿Se imagina usted lo que representa para una chica como ella casarse con un hombre como Linden?

David escuchaba silencioso la conversación de sus dos compañeros de viaje.

—Es natural, y en cuanto a él, no va a dedicar toda la vida a los problemas agrícolas.

—¡Pero es que va a casarse con ella! ¿Tendría usted confianza a una mujer así?

—Hombre... ¿por qué no?

—¿Sí? ¿No recuerda usted aquel príncipe que le hizo el amor? ¿Y el dueño de aquel cabaret? ¿Y el...?

—No me pregunte mi opinión. Yo me casé con la primera mujer

que se presentó... hace treinta años.

La camarera abrió la puerta.

—Su desayuno, señor Linden.

—Gracias—contestó David.

Los dos pasajeros habían entendido perfectamente el nombre de Linden y habían quedado petrificados. David se dio cuenta de su pánico.

—Tranquilícense, caballeros. No soy Henry Linden, soy su hermano. Buenos días.

Poco rato después aterrizaba el avión y David se dirigió al hotel donde se hospedaba su hermano para hablar con él lo más pronto posible.

La conversación oída en el «eclipse» había acabado de convencer a David de que era indispensable persuadir a su hermano de que era imposible aquella absurda boda y estaba seguro de que le convencería.

Llegó al hotel y se dirigió al mostrador.

—Buenos días—dijo el conserje.

—¿Ha descansado usted?—preguntó David, temiendo ya la consabida preguntita.

El empleado quedó sorprendido. Qué pasajero más original que se preocupaba de si descansaban los conserjes.

—¿Cómo ha dicho el señor?

—Una habitación con cuarto de baño.

—Sí, señor. ¿Su nombre?—dijo mientras le presentaba una hoja detallando los requisitos indispensables para que se le alquilara una habitación.

El conserje leía lo que David escribía.

—¿David Linden? ¿Quizá pariente de...?

—Sí; hermano. ¿Está aquí el señor Linden?

—Está fuera, pero dijo que regresaría esta noche.

—Gracias... Oiga: ¿se hospeda aquí la señorita Riley?

—Sí, señor.

—¿Está aquí?

—Me parece que su señor hermano y la señorita Riley se fueron a una fiesta en Long Island. ¿Desea usted dejar algún recado?

—La señorita Riley no me conoce.

—Es muy posible que les encuentre en «Sirocco», la señorita Riley actúa allí.

—Eso me han dicho. Muchas gracias.

Cómo pasó el día David en Nueva York, esta es la hora en que ni él mismo lo sabe, pero llegó al fin la noche, se abrieron de par en par las puertas de «Sirocco» y allí se dirigió sin preocuparse de vestir frac ni

«smocking», absorto como estaba en encontrar a su hermano, para llevarse con él inmediatamente hacia Milwaukee.

Ante la entrada del «Sirocco» había un regular grupo de gente esperando la llegada de los habituales al Club, espectáculo gratuito que deleitaba a hombres y mujeres. A aquéllos por ver caras bonitas y a ellas para admirar la elegancia de los concurrentes al «Sirocco». También acostumbraban a aparecer por allí algunas celebridades cinematográficas, personajes extranjeros, artistas y políticos, a los que los mirones solicitaban el autógrafo.

El traje de etiqueta era indispensable.

Saltó David de un taxi y un muchacho se le acercó solicitando su autógrafo.

—Caballero, ¿quisiera usted firmar en mi álbum?

El chico le miró, luego de haber hecho la pregunta, y al observar que vestía de americana, retiró el álbum y dijo en voz muy audible.

—¡Este no es nadie!

Poco le importó a David la observación, y por otra parte no se había dado exacta cuenta de qué era lo que solicitaban de él.

Una mujer entre los mirones dijo también:

—Ni siquiera viste de etiqueta.

Al intentar transponer la puerta, el conserje se acercó a David.

—Caballero, está reservado el derecho de admisión y se exige traje de etiqueta.

—Es una gran idea — contestó David, y sin detenerse, penetró en el local.

Andaba decidido en busca de una mesa cerca de la pista de baile, y aunque todos los camareros intentaban pararle, no lo consiguieron y se sentó ante la mesa que le pareció mejor. Encima había un letrero, donde se leía la palabra «reservada».

—Caballero... su traje... La Dirección no hace excepciones con nadie, y además esta mesa está reservada.

David sacó un billete bastante grande del bolsillo, cogió el letrero y lo entregó todo junto al camarero.

—Ha sido una gran idea la de reservarme mesa. Muchas gracias.

La propina que acababa de entregar el menor de los Linden era respetable y el «maître» cerró los ojos y le entregó la minuta para que eligiera los platos que más le agradaran.

El «Sirocco» era un restaurante elegantísimo, amplio, moderno, con una pista de baile en un extremo, rodeada de mesas. La orquesta to-

caba en una tarima un poco elevada y los focos iluminaban la pista cuando salían a bailar las atracciones que Franklin, el propietario del establecimiento, ofrecía a sus clientes.

Poco después de haber entrado David terminó un baile que había sido para el público, y la pista quedó despejada.

Los focos iluminaron a Franklin, quien se presentó en el centro de la pista para dirigirse al público.

—¡Damas, caballeros! Acaba de terminar su baile y ahora, siguiendo la vieja costumbre que tengo establecida, presentaré...

Una salva de aplausos acogió las palabras del animador.

—Gracias por estos aplausos; así me gustan, que se diviertan. Como les decía, presentaré a Van Stillman y Olivia Riley.

Nuevos aplausos para Franklin y los reflectores enfocaron al pianista de la orquesta, pasando por alto a los demás músicos.

El piano entonó un vals clásico. En una mesa aislada de todas las demás y casi encima de la pista, se sentó una joven a la que seguía un caballero. Este le besó la mano; ella se levantó y pasaron al centro del salón siguiendo el compás de la música hasta llegar a bailar.

Se trataba de verdaderos ases de

la danza, tanto él como ella, si bien ésta por encima de su arte de bailarina era una gran belleza.

David observaba a la pareja boquiabierto. Todos los concurrentes hacían lo mismo. En la entrada del comedor apareció un joven cuyos ojos se fijaron también en la pareja. Era Henry Linden, el prometido de Olivia, según rumores. Un camarero se le acercó.

—¿Mesa, señor Linden?

—No; esta noche no, Maurice.

Henry quedó en la parte alta observando a los bailarines. Olivia se dio cuenta de que él estaba allí y sonrió graciosamente. Correspondió Henry al saludo y un repórter que se hallaba en el local provisto de cámara y bombilla, tomó una instantánea del millonario mientras sonreía a su novia.

—Muchas gracias, señor Linden —dijo el fotógrafo.

El baile no era corto y David lo seguía sin perder compás. Poco a poco la música languideció, la pareja se acercó a la mesa de donde se había levantado y ella volvió a sentarse. Besóle la mano el bailarín, beso que coincidió con la última nota del vals.

Se levantaron y salieron de lo que bien podía llamarse escenario. Los aplausos, como de costumbre, fueron atronadores. Salieron de nuevo

a saludar e inmediatamente Olivia se dirigió a su camerino. Esperándola ante la puerta halló a su secretario de prensa.

—Señorita Riley, ¿da usted la conformidad a esas fotografías?

—No, porque parezco Moisés sin las barbas.

—¡No será tanto! Moisés no tenía...

—Ni yo tampoco. No se preocupe, ya me retratarán de nuevo.

Una señora entrada en años y no la clase de señora que uno esperaba encontrar ante el camerino de una bailarina, se acercó a Olivia.

—Señorita Riley... soy presidente de la Junta Nacional Protectora de las Buenas Costumbres y deseamos obtener su colaboración.

—¿Qué puedo hacer por esa Junta?—preguntó Olivia un poco intrigada.

—Deseáramos que fuera usted una suscriptora más de nuestra obra.

—¿Suscriptora? ¡Oh, debí habérmelo imaginado! Escribame una carta y mi secretaria les contestará. Gracias.

Olivia entró en su camerino, mientras la señora insistía:

—Pero es que quisiera decir a la señorita Riley...

—A la señorita Riley no se le dice nada más—dijo el secretario.

En el camerino de Olivia se hallaba Henry Linden aguardando. El se dirigió hacia ella saludándola con cariño. Una camarera negra de grandes dimensiones empezó a quitar las joyas que llevaba la bailarina.

—¿Sentémonos?—dijo Olivia, dando ejemplo y sentándose en un sofá.

Henry obedeció.

—No puedo acostumbrarme a ello. Toda la vida he querido conocer a un hombre del campo y cuando doy con él resulta que es como los demás. A mí no me engañas, eres un ciudadano como cualquier otro.

—Te aseguro que no, Olivia. Soy un verdadero aldeano que ha venido a la ciudad para buscar esposa.

—¡Ya estamos otra vez con lo mismo!

—¿Y por qué no, Olivia?

—No está bien que me hagas siempre la misma pregunta. Ya conoces todos mis reparos.

—Bueno, los Linden poseemos una buena cualidad: tenemos paciencia, sabemos esperar.

—No tienen tanta paciencia como se necesita para que una Riley se deje convencer.

—¿Es necesario volver a empezar de nuevo?

—¿Por qué no, Henry? Este mundo es algo real y nosotros vivimos

en él. No se trata de una canción ni de una comedia y la distancia que media entre los Linden de Wisconsin y los Riley de la Décima Avenida sobrepasa las dos mil millas.

—No hay más distancia que esta poca que hay entre tú y yo.

—Es tan grande como de aquí a la luna.

Ambos rieron la ocurrencia de Olivia. Esta continuó hablando:

—Me imagino que ya soy la señora Linden y estoy en el salón de tu casa recibiendo a los amigos de tu familia. Una señora muy correcta me pregunta: «Digame, señora Linden, ¿estuvo usted en el colegio en Suiza?». Yo no tendría más remedio que contestarle: «Pues francamente, señora Astorbilt, no se lo podría decir, porque durante el día estaba ocupadísima lavando ropa para los demás y por la noche tenía que recorrer todas las tabernas en busca de mi padre. Al fin me encontré ejerciendo de corista en un teatro, y el resto ya lo sabe usted».

—Hablas en una forma como si tuvieras miedo.

—Te aseguro que lo tengo. También lo tendrías tú si fueras Maggie Riley (por cierto que Maggie es mi verdadero nombre) y te encontraras cara a cara con un hombre que te gustase y te pidiera que te casaras con él. ¿No tendrías miedo?

—Francamente, no. Aprovecharía la ocasión... sin perder tiempo. Anda, muchacha, decídette.

—Querido Henry, estamos de nuevo donde estábamos. ¡Si a lo menos no me gustaras tanto... y te quisiera un poco!

La negrita entró en la habitación y se dirigió a su señorita:

—Es hora de vestirse.

—Muy bien—contestó Olivia, levantándose al mismo tiempo que cogía un bombón de chocolate.

—Ya has comido dos hoy—dijo la criada.

—¡Estoy cansada de todo esto! ¡Quiero comer lo que me apetezca y cuando quiera!

Olivia desapareció en un cuartito contiguo, mientras Henry esperaba afuera. La conversación podía seguirse perfectamente.

«Ahora me doy cuenta de que he seguido una táctica equivocada», pensó Henry.

Y en voz alta dijo:

—Oye, Olivia, en Wisconsin tenemos unas patatas que son famosas.

—Hace siete años que no he comido patatas—contestó la bailarina desde su cuarto.

—A veces las asamos y servimos alrededor de un lechoncito, con una salsita.

—¡Oh!—suspiró la negrita.

—Después servimos bizcochos calientes, tarta de melocotones con crema, nada de cosas pesadas, solamente alimenticias...

—¡Por favor, calla, Henry!

—¡Olivia!

—¿Qué dices?

—Según la «Gaceta de la Mañana», estamos prometidos para casarnos.

—No hagas caso de la «Gaceta»; el otro día profetizó quién iba a ganar el campeonato de fútbol... y se equivocó.

—Y si pagas bien, los diarios de Nueva York llegan a Wisconsin sólo con dos fechas.

—¿En Wisconsin tenéis un pórtico con mecedoras y luciérnagas?

—Las mejores que existen.

—¿Y qué dices de tu hermano y tu cuñada? ¿Y de tu hermana Ana? Me odiarían al instante.

—Oye, querida Olivia. No es mi hermana Ana quien te pide que te cases, soy yo, y estoy seguro de que te querrá. Más que hermana ha sido una madre para David y para mí.

—Precisamente esto es lo que temo. Yo no soy la mujer que una madre desearía para su hijo.

—Pero yo te quiero, Olivia, eres la única que he querido.

—¿Por qué me quieres?

—No lo sé, pero me doy cuenta de que nunca he deseado nada con tanto afán como ahora te quiero a ti.

—Muy bien, Henry. Acepto... y que Dios te ayude.

LOS AMIGOS DE OLIVIA

EN una elegante casa de pisos en un distrito residencial de Nueva York, Olivia tenía su vivienda, y allí se dirigió David Linden, en vista de que no había podido encontrar a su hermano en el «Siroccos».

Se introdujo en el ascensor, dió el nombre de la señorita Riley y llegó a la planta que le interesaba.

—La primera a la izquierda, señor—dijo el mecánico del ascensor.

David llamó y la puerta fue abierta por un criado de muy buen aspecto. Entró el forastero y entregó el sombrero al criado. Este no le conocía, pero no se atrevió a preguntarle qué era lo que deseaba. Por otra parte, cuando Olivia daba una

fiesta comparecían muchos invitados.

Observó David el aspecto lujoso de la casa; oyó un piano que tocaba alegremente, y se oían varias voces que hablaban a la vez.

—¿Está en casa la señorita Riley?—preguntó al fin David.

—No, señor; no ha llegado todavía, pero no puede tardar.

—Y... ¿el señor Henry Linden?

—Seguramente vendrán juntos, señor.

—Gracias. Esperaré.

El criado se dirigió al salón donde estaban los invitados, entre los cuales se hallaba Franklin, el empresario del local donde bailaba Olivia.

—Perdone, señor Franklin, en el

recibimiento hay un joven a quien no he visto nunca en esta casa.

—Si es «Rocinante», déjale entrar. Está invitado; quítale el boquillo y la silla... y que pese.

—No, señor, no, no creo que esté invitado.

—Pues vamos a ver de quién se trata.

Franklin, con el desparpajo y naturalidad propios de un propietario de club nocturno, se dirigió al recibimiento.

—¿Cómo está usted, caballero? ¿Nos conocemos?

—Me parece que no. Soy David Linden y no estoy invitado a la fiesta, pero desearía hablar con mi hermano.

—Muy natural —dijo Franklin con todo optimismo, aunque ya previó tormenta al enterarse de quién era el forastero—. Pero, señor Linden, llega usted en un momento en que su hermano no está aquí. Yo soy Roger Franklin, el peor rival de Henry, y aquí hay varios amigos de Olivia. Si lee usted la prensa los conocerá de nombre, en cuanto a sus caras poco importan. Pase, bebemos algo.

La instalación de Olivia era de lo más moderno y en un ángulo del salón había un bar servido por un bien uniformado camarero.

Sentado ante el piano estaba un

hombre de unos treinta años, que ya había bebido mucho más de lo necesario, intentando cantar una canción. Le rodeaban varios jóvenes y mujeres, riendo al escuchar la letirilla del canto.

Franklin y David, desde el bar, oían perfectamente la canción, que era una alusión de mal gusto a la proyectada boda de Henry y Olivia.

La situación no podía ser más violenta y Franklin se acercó al que cantaba.

—¡Bertio, no cantes más, tenemos invitados!

—¡Echalos a todos! —contestó el becado.

—Bertio, quiero presentarte a David Linden... hermano de...

—¿Es un hombre alto?

—Sí, muy alto.

—¿Es simpático?

—No lo sé todavía, lo parece...

—Pues, Franklin, dile de mi parte que los hombres altos y simpáticos no apalizan a hombres pequeños como yo.

—Es verdad—dijo David interviniendo—, no les apalizamos, usamos insecticida.

—¡Oh!—exclamó asustado el borracho.

Sonó el timbre de la calle y entraron Olivia y Henry, seguidos de Belvedere, la criada negra.

—¡Hola, Olivia!—dijo una de las jóvenes que estaban por allí.

—Es un poco tarde—exclamó Olivia—, pero he estado ocupada en algo muy interesante.

La bailarina cogió a Henry de la mano e introduciéndose entre sus amigos, dijo:

—¡Estamos prometidos!

Franklin y David que estaban de espaldas hablando con el tonto del piano, dieron media vuelta al oír a Olivia. El primero desapareció del salón y David quedó solo mirando cómo todos los invitados rodeaban a la que sería su cuñada.

—¡Todos al bar!—dijo Olivia—. ¡La futura señora Linden quiere celebrar el acontecimiento brindando con champaña!

Bertie, a quien el susto de haber conocido al hermano de Henry Linden le había hecho volver en sí, se sentó de nuevo al piano para tocar los acordes de una marcha nupcial.

No fué hasta este momento en que Henry, mirando al que estaba en el piano, vió a David y se acercó presuroso a saludarle.

—¡David! ¿Tú por aquí? ¿Quién había de pensarlo? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no me avisaste tu llegada? Mira, Olivia, mi hermano David.

—¿Cómo está usted?—preguntó

la bailarina, ofreciendo la mano al intruso.

—Bien, señorita. ¿Cómo está usted?

—Cuánto siento no haber estado en casa cuando usted llegó a esta cueva de leones. ¿Le han dado algún zarpazo?

—No, no; me han tratado muy bien.

Los dos prometidos se pusieron a reír.

—¿Cómo están Ana y tu mujer?—preguntó Henry.

—Todas muy bien... Gracias, Henry.

—¿En qué hotel te hospedas? ¿Piensas permanecer aquí muchos días?

—En realidad, no lo sé. Vine en el avión para hablar contigo.

—¿Para hablar conmigo?—interrogó Henry un poco sorprendido.

—Pues mientras tanto yo iré a ver si mis invitados están serenos del todo ya—dijo Olivia—. Me ha gustado mucho conocerle, señor Linden.

Olivia dejó solos a los dos hermanos y en cuanto hubo desaparecido, Henry exclamó:

—¿Verdad que es hermosa?

—¡Hermosísima!—contestó David con cierto retintín.

—No gastemos rodeos; ¿dime de

una vez qué es lo que te ha traído aquí?

—El apellido de los Linden.

—Presentas el asunto muy dramáticamente. Muy bien, hablemos de una vez. Vamos a la biblioteca, que estará desierta y muy lejos del bar.

Todos los invitados estaban bebiendo y chillando alrededor del mostrador del bar Franklin, de pie junto a Olivia.

—No me digas que estás enamorada de Henry Linden—dijo Franklin.

—¿Qué sabes tú?

—Te conozco, Olivia.

—Pero no conoces a Linden.

—Conozco su tipo. Es de los que creen que el amor aumenta después de casados. Verás cuando se dé cuenta de que ha sido un capricho más de los tuyos... como cualquier de nosotros.

—¿Qué capricho fuiste tú, Roger Franklin? ¿No lo recuerdo!

—La ambición. Yo hice de ti lo que eres. Recuérdalo bien... ¿Qué pueda él hacer por ti? No necesitas dinero, porque ganas lo que quieres. No es más joven que yo... ¿Qué puedo darte que no tengas?

—Algo que tú no has tenido jamás ni sabes que exista: algo que se llama cloro.

—No te hagas ilusiones, jamás pertenecerás a su clase.

—Además, me quiere. Esto es lo que más me satisface, y sé que junto a él llevaré una vida sana y normal como no he llevado nunca.

—Hasta que te canses y te fijas en el primer hombre elegante que se presente.

—Esto es lo que tú crees. Todos esperaréis de mí lo peor; en cambio él sólo espera lo mejor y no pienso defraudarle. Conviene que te persuadas de ello, hombre mezquino y perverso. ¡No le defraudaré jamás! Es distinto de todos vosotros.

Mientras Olivia sostenía esta conversación con su empresario, David y Henry se habían dirigido a la biblioteca para hablar. La puerta estaba entornada. La abrió Henry y al mismo tiempo dió vuelta al interruptor para encender la luz. Iluminada la estancia, se vió a una pareja sentada en un sofá, que se apresuraron a levantarse.

—¡Ratones de biblioteca!—dijo Henry despreciativamente.

—¿Amigos tuyos? —preguntó David con ironía.

—Es la primera vez que los veo. Vamos, David, ¿qué es lo que te ocurre?

—A mí no me ocurre nada. He venido a traerte un mensaje que no es precisamente agradable.

—Ya comprendo. Ana te ha mandado.

—Está preocupada por ti.

—Pues jamás me he encontrado mejor.

—No es tu estado de salud lo que le atormenta.

—¿Mi estado moral, tal vez?

—Ana cree que si regresaras a casa por algún tiempo... darías a cada cosa su valor, según...

—Según la opinión que tiene ella del valor de las cosas. Tu opinión, o sea la de Ana, porque da lo mismo, es que Olivia no es digna de la familia Linden y yo opino que no hay un solo Linden digno de ella.

—Debes reconocer que tu punto de vista es falso, Henry.

—No eres tú quien para juzgarlo, David.

—Quizá, no; pero deberías darte cuenta. No eres ciego ni sordo. Fíjate en sus amigos, escucha cómo hablan, son lo más elegido de la sociedad que trasnocha... tan graciosos, tan alegres y tan falsos. Todos dirán: ya ha conquistado al tonto del pueblo.

—¡Basta, David!

—Te portas como un colegial enamorado. No somos una familia de mogigatos, pero... no tienes por qué casarte con ella.

Se abrió la puerta de la biblioteca y apareció Olivia, quien había oí-

do perfectamente las últimas palabras pronunciadas por su futuro cuñado.

—¡Basta, David!—repitió Henry.

Olivia presentaba un aspecto amable y dirigiéndose a su novio, dijo:

—Ahí fuera hay un periodista que desea interrogarte. ¿Quieres salir a decirle lo felices que somos?

—¿No vienes tú también, Olivia?

—Yo ya se lo he dicho.

Salió Henry de la habitación y mirando Olivia a David, le preguntó:

—Temo que no le entusiasma a usted nuestra proyectada boda.

—Creo que cometen ustedes un error.

—¿Usted cree que Henry comete un error?

—Los dos lo cometen. Sospecho que a usted no le gustará nuestra familia.

—Usted quiere decir que yo no les gustaré.

—¿Por qué no atiende usted a lo que digo, no a lo que supone que quiero decir?

—Usted desea que yo abandone a Henry, porque es usted orgulloso y está cargado de vanidad.

—Este es su punto de vista, señorita.

—Dígame, ¿han encontrado los Linden alguna vez a alguien que fuese digno de ellos?

—Ya que adopta usted esta actitud, hablaré claro. Cuando mi hermano y yo hemos venido aquí para hablar, sentados en el sofá había una pareja muy... romántica. Hemos sentido interrumpirles.

—Debieron haber tosido antes de entrar.

—La escena me ha hecho pensar en lo que ocurriría si algún día en la

biblioteca de nuestra casa la encontráramos a usted en la misma situación.

Olivia no pudo contenerse y dió un bofetón a David.

—Ahora regrese usted a su pueblo y cuente esto a sus amigos.

—Esto es lo que pienso hacer, señorita Riley—dijo David, conteniéndose con dificultad.

LA BODA

EL viaje y todas las discusiones de David fueron completamente inútiles. Henry estaba decidido a casarse con Olivia con o sin el beneplácito de su familia, y pocas semanas después en una capilla de Nueva York se celebró la boda, en la que no faltó ninguno de los amigos y amigas de Olivia, con ausencia absoluta de los Linden.

La novia vestía magnífico traje blanco, velo de encajes y llevaba en la mano un ramo de azahar.

Los novios estaban de pie ante el sacerdote; éste hablaba:

—...Vuestra vida estará llena de paz y alegría... Y el hogar que vais a formar perdurará a través de todas las vicisitudes. Maggie Riley, ¿aceptas a este hombre por legítimo es-

posado, para vivir unidos en el sagrado estado de matrimonio? ¿Te comprometes a quererle, consolarle, honrarle y permanecer junto a él en caso de enfermedad, lo mismo que cuando goce de perfecta salud... y te comprometes a guardarle fidelidad mientras viváis?

—¡Sí, padre! — contestó Olivia sin titubear.

Roger Franklin era uno de los asistentes a la boda y observaba muy de cerca toda la ceremonia. La decisión con que contestó Olivia le demostró que para ella habían acabado las locuras.



La mansión de los Linden en Wisconsin, Estado de Milwaukee, en el

este medio del continente americano, era un verdadero paraíso. Los Linden era una de las familias más antiguas de la comarca, cuya posición había ido siempre en aumento y de haber estado en Europa se les habría comparado a señores feudales.

La casa se levantaba muy próxima a un hermoso lago que servía de base a las avionetas de los hermanos Linden, cuyo medio de transporte les encantaba.

Que se había consumado el hecho de la boda, no era un secreto y Ana esperaba ansiosa la llegada de la cuñada bailarina con todos los defectos imaginables.

Judy, la esposa de David, muchacha joven e ingenua, sentía también cierta curiosidad y no esperaba lo peor, como Ana. Al contrario, creía que la presencia de otra mujer joven en la casa siempre resultaría más agradable que tener que discutir siempre con los prejuicios de Ana.

Cuando se recibió el cable de Henry avisando la próxima llegada a casa, se decidió que David y Judy saldrían a esperarles en el embarcadero del lago. Ana aguardaría en casa.

David y Judy montaron en el auto y se dirigieron al embarcadero. Esperaban con cierta nerviosidad y

estrutaban el horizonte para ver si aparecía la avioneta. Hacia un buen rato que aguardaban, cuando se oyó el ruido de un motor.

—¡Ahí vienen!—exclamó la mujer de David—. Qué sensación más extraña, parece que estemos observando el vuelo de un enemigo. Oye, David, ¿qué le diré cuando pregunte por Ana?

—No tendrás que decir nada, ya lo comprenderá.

La avioneta amerrizó suavemente, un hombre la atrajo hasta el embarcadero, y Henry saltó a tierra, inmediatamente seguido de Olivia.

—¡Hola!—gritó Henry.

—¡Hola!—contestaron los de tierra.

Los recién casados subieron las escaleritas y se hallaron pronto junto a sus hermanos.

—Soy Judy, la esposa de David—dijo, presentándose a sí misma.

—¿Qué tal, Judy, cómo estás?

—¡Oh, jamás voy a creer a David! Me dijo sencillamente que eras bonita, y nada más.

—Pues debo estar agradecida a David—dijo Olivia, sonriendo y mirando a su cuñado.

—¿Y a mí no me dices nada?—preguntó Henry—. ¿No me encuentras más guapo? ¡Milagros del matrimonio!

—Tendrás que vigilarle, todos los

Linden comen una barbaridad—observó Judy.

David se había acercado a las dos jóvenes.

—¡Hola, David! —dijo Olivia, dándole la mano.

—¿Qué tal, Olivia?—contestó él, saludándola y estrechando su mano.

—¿Dónde está Ana?—preguntó Henry.

Nadie contestó, y Judy para distraer la atención de su cuñado, dijo:

—Esta mañana ha llegado la cría negra y por la tarde ya la perseguían los toros.

—No te preocupes de Belvedere, mañana será ella quien los persiga—observó Olivia.

—He preguntado dónde está Ana—insistió Henry.

—Os espera en casa—dijo David.

—Sí... Estaba haciendo la siesta. Siempre hace la siesta Ana—explicó Judy.

—¿Qué raro! Yo me imaginaba que Ana nunca dormía, como la policía de Scotland Yard.

Los cuatro hermanos subieron en el auto y al poco rato llegaban ante la puerta principal de la casa Linden, después de haber atravesado los magníficos jardines que la rodeaban. Belvedere salió a recibir a su señorita, a la que abrazó efusivamente.

—Belvedere—dijo Henry—, me

han dicho que ha estado usted asustando a nuestros toros...

—¿Toros? Ya me ha parecido a mí que eran distintos de las vacas.

Olivia, en voz muy baja, preguntó a su doncella.

—¿Qué tal mi otra cuñada? ¿Es difícil de manejar?

—Un poco, pero muy educada.

Ana Linden, la mayor de los tres hermanos, apareció en el pórtico. Henry fué el primero en darse cuenta de su presencia y corrió hacia ella.

—¡Hola, Ana!...—dijo besándola—. Te presento a mi esposa; Olivia, mi hermana de quien tanto te he hablado.

—¿Cómo estás, Ana?—preguntó la recién casada cariñosamente.

—¿Qué tal, Olivia? Bienvenida seas al hogar de los Linden. Confío en que serás feliz en esta casa.

El tono en que hablaba Ana quería ser amable, pero se notaba el esfuerzo que realizaba para fingir una amabilidad que no sentía.

—Gracias, Ana, yo también espero ser feliz en esta casa entre todos vosotros.

Henry, que estaba entusiasmado con su mujer, se dirigió a su hermana y le preguntó:

—¿Verdad que es tan hermosa como te escribí?

—Ya lo creo, más todavía de

cuanto dijiste—contestó la mayor de los Linden con el tono que había adoptado desde el momento en que Olivia puso pie en la casa.

Dispuesta a ser amable, Ana cogió a Olivia del brazo y entraron en la casa. Cuando estaban en el centro del vasto vestíbulo que conducía a distintas habitaciones de la planta baja, Ana dijo a su nueva cuñada:

—¿Deseas ir a tus habitaciones?

—Sí — contestó Olivia —, pero antes desearía beber algo; tengo un poco de sed.

—No faltaría más. David, en el bufete hay una botella de whisky, la he mandado traer esta mañana.

—Sólo quiero beber un poco de agua — dijo Olivia con naturalidad —, pero no te privas de beber whisky por mí, siempre va bien después de la siesta.

—Nunca bebo whisky!—repuso Ana, que había comprendido la lección.

—Vamos, Ana—dijo David, riendo—, no disimules, ya sabemos que todas las tardes bebes lo tuyo...

—¡David, basta!—dijo su hermana en un tono que no daba lugar a duda de que se había molestado.

—Si he de hablar con franqueza —dijo Olivia, intentando suavizar la discusión—, preferiría una taza de té.

—Muy bien—agregó Judy—, to-

dos tomaremos una taza de té. Anda, David, cuida de que nos lo sirvan.

Mientras tanto, habían entrado el mayordomo y Belvedere con el equipaje de la novia.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... maletas—exclamó Ana al ver a los dos criados cargados con las valijas.

—Leonardo—ordenó Ana—, coloque todo esto en la habitación del Oeste.

—Muy bien, señorita Ana.

—Y no las suban todas a la vez —insistió la solterona.

—¿Estos maletines de juguete? —dijo la negrita—. ¡Esto no es nada!

Judy cogió el brazo de su nueva cuñada y dijo riendo:

—Belvedere resultará muy útil en esta casa, nos ahorrará un tractor. Vamos, Olivia, te ayudaré a abrir el equipaje.

Las dos jóvenes subieron la escalera detrás de los criados, mientras Ana quedaba en la planta baja con los dos hermanos.

—No necesitare que me ayudes, Judy — observó Olivia mientras subían —. Belvedere se ocupa de esos menesteres.

—No me refería a ayudarte en el trabajo de sacar las cosas de los maletines, es sólo que tengo curiosidad

de saber lo que hay dentro de ellos.

—Traigo algunos vestidos que serán solamente para mirarlos, no me atrevería a ponérmelos aquí.

La negrita abrió las maletas y Olivia sacó algunos trajes de noche. Judy cogió uno muy vaporoso.

—Tengo un camisón muy parecido a este—dijo Judy—. Mi modista lo encargó en París, pero tampoco lo uso; está escondido entre otras prendas más sencillas.

Dando vueltas al vestido y mirándolo por todas partes, Judy se sentó encima de la cama: una cama con columnas salomónicas y dosel.

Olivia recorría la habitación con la vista y al fin se sentó también sobre la cama.

—¡Todo es tal como me lo figuraba!—exclamó.

—¿Qué?...—preguntó Judy, sorprendida.

—Todo, la casa, esta habitación. Mira esta cama... ¿De dónde deben haberla sacado? ¿Lo sabes?

—No; supongo que uno de los primeros Lindon la construyó de un árbol viejo y un par de indios.

—¿De qué época datan los Lindon en esta comarca? Me refiero a los primeros.

—¿Los primeros?

—Sí.

—En realidad, nadie lo sabe, pero

supongo que poco después del Diluvio Universal.

—Y tú, ¿qué? Tu familia estaría encantada de que te casaras con un Linden.

—Yo era la niña pequeña que vivía más próxima a esta casa. Conocí a David cuando tenía yo seis años. Un día colocó una rama en el bolsillo de mi vestido, otra vez volcó un tintero sobre mi cabeza... y le he querido desde entonces... Soy una Linden desde hace ya algunos años.

—Supongo que yo no tengo ningún derecho a estar aquí, ¿verdad?

—¿Por qué no? Igual que cualquier otra.

—Esta contestación no se ajusta a mi pregunta. ¿Consideran ellos que exista alguien que tengo derecho a penetrar en la familia?

—Ya comprendo qué es lo que quieres decir. A ti te debe parecer muy extraño, insólito casi, que una familia pueda llevar la misma vida, generación tras otra, satisfecha de lo que tiene y temerosa de que esto pudiera algún día variar.

Veo que me has comprendido.

—Sí; y cuando tú has dicho «consideran ellos» querías decir «considera Ana...»

—Y David, e incluso Henry.

—No, no, te equivocas. Es Ana

y nadie más que Ana; lo que ellos opinan no importa, es siempre Ana.

—De todas maneras esto no alivia la cosa.

—Pero no debes tener miedo, Olivia.

—Pues... a Ana la temo un poco.

—De todas maneras, creo que tú puedes medirte las fuerzas con ella, y me gustas, eres simpática.

—Pero... todavía no me conoces. Apenas me has visto.

—Es verdad, pero lo presiento. Esto me ocurre con muchas personas, y rara vez me equivoco. Estoy segura de que serás feliz aquí.

—Cree que lo deseo de veras.

Ana estaba en el saloncito de verano esperando que las cuñadas jóvenes bajaran a tomar el té. Henry estaba con ella paseando de un lado a otro. Sus ojos se pararon en el piano.

—Ana, por cierto, ¿no toca nunca el piano David?

—Casi nunca. Lo ha abandonado por completo.

—Es una verdadera lástima, porque tocaba muy bien.

Henry, que había ido a parar detrás del sofá donde estaba sentada Ana tejiendo punto, besó a su hermana ligeramente en la frente.

—No tienes idea de lo contento que estoy de hallarme de nuevo a tu lado, querida hermana.

—Yo también estoy contenta de tenerte aquí, Henry.

—Eres la misma de siempre, no has cambiado nada.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo de ti, Henry.

—Déjate de prejuicios. Estoy seguro de que Olivia te ha gustado.

—Tengo por norma no dejarme llevar de primeras impresiones, y lamento que no te hubiese inculcado este mismo sistema.

—Yo puedo haber cambiado, pero ha sido para mejorar. Vamos, Ana, no seas mezquina y procura hacerte agradable. Esta rigidez no nos conducirá a ninguna parte. Yo quiero que saques el mejor partido de lo que tú consideras un mal negocio. Ya estoy casado, y Olivia es tu cuñada.

—Henry, esto es cosa tuya, no tengo nada que ver con ello.

—Estoy seguro de que en cuanto la conozcas bien te gustará mucho.

—Siempre tendré en cuenta que se trata de tu esposa, Henry.

—Desearla algo más que esto. Quisiera que la trataras con cariño, con extremada amabilidad cuando menos...

—¡Claro!

—Es que lo exijo...—dijo Henry un poco excitado.

—No es necesario que me riñas,

Henry. He dicho que sería amable, y lo será.

David entraba seguido de un criado que traía una bandeja con el servicio para el té.

—¿Quién habla de reñir, cuando el té ya está aquí?—preguntó David de muy buen humor.

—¡Oh, nada! A Henry le parece que he hecho pocos aspavientos ante la llegada de Olivia.

—Realmente, estuviste un poco fría. El vestíbulo está lleno de hielo todavía.

—¿Y a qué se puede atribuir este cambio de opinión, David?

—A Olivia—contestó Henry, antes de que su hermano pudiera hablar.

—¿Desea algo más la señorita Ana?—preguntó el criado.

—Gracias, Leonardo; todo está bien.

Las jóvenes cuñadas aparecieron en el salón. Judy, alegre y sonriente.

—David, ¿sabes qué acabo de descubrir?

—No me lo puedo imaginar—contestó el marido.

—Pues que no tengo ni un solo vestido decente que ponerme, ni nunca lo he tenido. Ana, después del té debes subir a la habitación de Olivia para ver la preciosidad de vestidos que trae; pruébatelos, son un encanto.

—Olivia estará demasiado cansada para enseñármelos a mí.

—¿Cansada? Ni pensarlo; me encantará mostrárselos.

—Será mejor que no se los enseñes, Olivia—observó su marido—Tenemos dos mil vacas que ya están acostumbradas a la manera de vestir de Ana y no conviene sobresaltarlas. Las vacas son muy sensibles.

—Tiene una bata—continuó Judy entusiasmada—que se abrocha con un solo botón...

—No tengo tipo yo para usar esa clase de ropa—repuso Ana secamente—Olivia, ¿cómo deseas el té, con leche o con limón?

—Con limón; gracias.

David cogió la taza de té que había preparado Ana y la entregó a Olivia.

—Gracias, David.

—¿Ahora qué más deseas? ¿Un emparedado de jamón, tostadas con mantequilla o medio kilo de pastel?—preguntó David.

—Sólo un poquitín de pastel.

—¿No quieres mermelada de frambuesa, de mora o de naranja?—insistió David.

—Sólo un poquitín de pastel, nada más; gracias.

Del enorme pastel que aparecía en la mesa, David cortó un buen trozo, que si bien no llegaba al medio-

kilo, poco le faltaba para una libra, y entregándolo a Olivia, observó:

—Te advierto que el medio kilo de pastel es la especialidad de los Linden.

—¿No te ha dicho que no quiere tanto?—dijo Ana.

—¡Oh, lo siento!—murmuró David, afectando un aire compungido.

—Pero tomaré un trocito—dijo Olivia.

Las dos cuñadas jóvenes estaban sentadas en un diván; Ana en una butaca, y los dos hermanos se cuidaban de servirles desde la mesa con ruedas en la que se había traído el servicio de té desde la cocina. Los dos hombres atendían a una y a otra, pero indudablemente las preferencias eran para la recién llegada, cosa que Judy encontraba muy natural, no así Ana, acostumbrada a ser siempre la primera en todo.

—Toma, Olivia—dijo David, sirviéndole al fin el pastel.

—¿No te ha dicho que no quería?—preguntó Ana, cuya nerviosidad era manifiesta.

Procuraba Ana distraerse con el servicio del té y vigilaba con extrema atención el infiernillo donde se calentaba el agua, asunto que parecía tenerle absorta en absoluto.

—Este pastel es delicioso—dijo Olivia, con el fin de ganar terreno ante su cuñada mayor.

—¡Se ha apagado el infiernillo!—observó Ana—¿Tienes una cerilla, David?

Fingiéndose distraído, David respondió:

—Ya lo creo; toma—y entregó un paquete de cigarrillos a su hermana.

No pudo contener Ana una expresión de disgusto y dirigiéndose entonces a Henry, repitió la petición:

—Henry, ¿tienes una cerilla? ¿Una de esas cositas de palo o cera con un poco de fósforo en un extremo?

—Aquí están las cerillas, Ana—dijo Henry, sentándose en el sofá, junto a su esposa—Como puedes ver, Olivia, somos gentes sencillas y pronto te acostumbrarás a nosotros.

David se había separado de la tertulia para sentarse ante el piano y dejaba oír los acordes del vals que viera bailar a Olivia en el club donde actuaba. Esta se dio cuenta en seguida de ello; no así los demás porque no lo habían oído, y en cuanto a Henry, no puso atención en el detalle.

—Claro que me acostumbraré a vosotros—dijo Olivia.

—¿Verdad que toca maravillosamente?—dijo Henry a su esposa.

—¡Admirable!

—¡Qué bien tocas, David!—ex-

clamó Judy—. ¡Cuánto tiempo hacía que no te habíamos oído!

—No me encontraba con ánimos para tocar—observó David desde el piano.

Las notas del vals oído en Nueva York vibraban en el salón de los Linden y todos escuchaban con atención el improvisado concierto que les ofrecía David.

VIDA CAMPESTRE

PARA una mujer joven como Olivia que no se había movido nunca de la ciudad, cuya idea del paisaje se reducía a la cuadrícula de las calles neoyorquinas y para quien Central Park representaba un bosque, el vivir en pleno campo, respirar aire puro, mirar las praderas esmaltadas de verde, y el ganado que pacía tranquilamente por la llanura, resultaba un espectáculo tan nuevo y tan hermoso que no se cansaba de mirarlo constantemente y dar gracias a Dios de haberla llevado allí.

Todos los Linden se ocupaban en algo dentro de la administración de la finca y Olivia no quiso ser menos, consiguiendo que le cedieran un trozo de terreno en el jardín, donde po-

dría cultivar lo que más le gustara.

Vestida con un elegante trajecito de pantalón corto y un enorme sombrero, Olivia se dirigía hacia su plantación, después del desayuno, para sembrar unas cuantas flores. Se hallaba muy atareada en su nuevo oficio cuando observó que se paraba un auto junto a donde ella trabajaba. Levantó Olivia los ojos y vió que se trataba del administrador Collins y su hijo Benny.

—Buenos días, señor Collins.

—Buenos días, señora Linden. Este es mi hijo Benny.

—¿El que oigo tocar la trompeta?

—Sí, sí, la trompeta; toco shots

—agregó Benny, muchacho algo torpe.

—Le oía ayer noche estudiando. Toca muy fuerte—dijo Olivia.

—¡Gracias, señora Linden!—repuso el joven, creyendo que la señora le lisonjeaba.

—Quiere ir a Milwaukee para colocarse en una orquesta—explicó el padre, riendo—. Yo ya le digo que no se haga ilusiones, que no sabe bastante todavía.

—Ya lo creo que sé bastante—dijo el aludido—, y el día en que tenga una buena trompeta, organizaré una orquesta de la que seré director...

—¡Oh!—exclamó Olivia, asombrada ante la audacia de Benny.

—Y entonces me dedicaré a actuar en películas. Me han dicho que soy fotogénico.

—Es un muchacho muy modesto—observó el padre con ironía.

—No soy modesto, no—dijo Benny.

—Oiga, Benny—dijo Olivia—, si le parece que con un instrumento mejor tocaría mejor, le mandaré comprar una trompeta nueva.

—¿De veras, señora Linden?

—Sí.

—Cuánto se lo agradezco. Precisamente tengo aquí un catálogo en el que hay el retrato de la trompeta que quiero.

—¡Bravo! ¿Y supongo que con

un instrumento nuevo podrás tocar sin hacer tanto ruido?

—¡Ah!, ya comprendo! A usted le gusta la música suave, en un tono bajo.

—Sí, pero tampoco que haga dormir.

—Ya comprendo.

—Bueno, no hagamos perder más tiempo a la señora Linden hablando...—observó el señor Collins—. Adiós, señora, hasta otro rato.

—Adiós, señor Collins.

El hijo Collins, entusiasmado con la promesa de la nueva trompeta que le había hecho, pisó el acelerador y por el tubo de escape salió una densa humareda que en vano trataba Olivia de despejar con las manos.

Otro auto paró ante ella. Esta vez era Ana, que se dirigía al pueblo con su hermano Henry.

—¡Olivia!—gritó su marido—. ¿Eres tú, o la selva en llamas?

—¡Hola, Henry! ¿Con qué funcionan aquí los autos, con gasolina o colillas de cigarro? Collins me ha puesto negra.

Henry intentó limpiar la cara de Olivia.

—¿Adónde vais?

—A Milwaukee; estaremos un par de horas. Oye, Olivia, no te pa-

ses el día cavando. Si dejas algunas hierbas no importa.

—Me entusiasma esto de cavar.

—Es posible que te guste cavar, porque así se conserva la línea—observó Ana, hablando por primera vez.

—¿Quién sabe! De todas maneras, profiero este sistema a quedarme sin comer.

—Pon cuidado con lo que arrancas—insistió Ana—, no vayas a arrancar mis lirios amarillos creyendo que son hierbas.

Se puso en marcha el coche, quedando Olivia absorta en la contemplación de unas plantas que le hacían dudar de si eran hierba o lirios, como había dado a entender Ana.

Mientras Henry saludaba con la mano a Olivia antes de perderla de vista, ésta murmuraba:

—Sí, sí; he arrancado un lirio.

Contrariada por lo que había dicho su cuñada, y convencida de que era una mala jardinera, tiró al suelo el azadón, se quitó un guante y el sombrero y se dirigió a la casa.

A través de las puertas abiertas se oían las notas del piano. Olivia estuvo observando a David y él se dio cuenta, dejando de tocar.

—Sigue tocando, David, no te interrumpas; he entrado porque el calor en el jardín es atroz.

—¡Qué raro! A mí me parecía que aquí se sentía mucho calor y pensaba salir al jardín para estar más fresco.

—¡Eres un campesino muy original, David! ¿Te gusta la vida del campo?

—A ratos, sí.

—¿Y luego, qué?

—Lo odio. Pero siempre he sido así en todo. Deseo lo que no tengo y me aburre lo que ya es mío.

Se volvió de nuevo hacia el piano y empezó a tocar el vals que bailaba Olivia en Nueva York, mientras seguía hablando:

—Ahora ya no me preocupa. Supongo que soy un neurasténico...

—¿Y la música?

—Hacia mucho tiempo que no tocaba, hasta que tú llegaste. Antes me aburría y de repente me entraron ganas de tocar. Sería porque estabas tú aquí y entiendes en música.

—A Judy también le gusta la música.

—Sí, supongo. Por cierto que esta tarde no podrá salir a caballo con nosotros porque tiene que ir al pueblo; pero tú vendrás, ¿no?

—¡Bueno!

—Procura estar arreglada a las cuatro en punto.

La idea de un paseo a caballo por

aquella deliciosa campiña entusiasmaba a Olivia y no se hizo esperar. En cuanto dieron las cuatro apareció por las cuerdas, donde ya tenía ensillado uno de los mejores caballos de la propiedad.

Salió con David a un trote discreto y pronto ponían los caballos al galope hasta llegar a la colina que dominaba el lago.

—Pongamos pie a tierra—dijo Olivia—y así podré admirar mejor este paisaje.

Los dos se apearon y la joven recorrió con la vista aquel inmenso horizonte.

—A mí me parecía que la vista del Central Park que se dominaba desde el imperial de un autobús era algo maravilloso, y creía que un paisaje como éste sólo existía en los telones de los teatros.

—¿Te gusta?

—¡Me entusiasma! ¡Claro, a vosotros no os dice nada porque estáis acostumbrados a ello, pero para aquel que viene de una ciudad como Nueva York, para el que llega como yo, le quita la respiración. ¡Es hermoso!

—Lo comprendo.

—¡Qué lástima que Judy no haya podido venir con nosotros! Me gusta Judy.

—Ella está encantada contigo.

—Por regla general, detesto a las mujeres... porque las conozco demasiado, pero Judy... David, eres muy afortunado en tenerla por esposa.

—Sí; comprendo que he tenido suerte con ella.

—Me gusta que lo entiendas así.

—¿En qué te afecta esto, Olivia?

—Me gusta saber que son felices las personas que están cerca de mí.

—¿Y por qué?

—Pues... porque... bueno, no empezemos a discutir.

—Yo no me he portado muy bien contigo, por esto no comprendo que te preocupe mi felicidad.

—En realidad no me preocupa, si es que lo quieres así. ¡Oh, David, mira aquella colinita junto al lago! Vamos a construir una casita allí para Henry y para mí.

—Escucha, Olivia: cuando llegaste aquí me odiabas; ¿por qué has cambiado?

Como si no le hubiera oído, la joven continuó:

—Será una casa resumen de todas las que he deseado tener. Henry y yo hemos cambiado impresiones y lo deja todo a mi gusto. Será blanca, de tipo colonial, con un gran pórtico mirando al lago, donde celebraremos esas grandes cenas de lechoncitos y así engordaré. Ten-



—Mira Olivia, mi hermano David.



—[Estamos prometidos]



—Te presento a mi esposa.



—Perdona, no quería molestarte.



Los hermanos Linden.



—Es más que bonita!



—Lo oía ayer noche es-
tudiando.



—Olivia, ¿sabes por qué
tú y Ana no congenáis?



—¡Eres un campesino
muy original, David!



—(¿Estás segura de esto,
Olivia?)



—¡Henry, es magnífico!



—Pues yo quiero que te
quedes...



—¡Ah, David, que poco reflexivo eres!



Judy penetró en la casa.



Henry, quisiera marchar
sola.



David se arrodilla junto
a la cama...

dremos un césped que llegará hasta el lago, en que habrá un paso de piedras para mí. Para Henry construiremos una glorieta...

—Te ruego que no hables más de ti, de Henry y de la cochina casa.

Olivia, extrañada, adelantó unos pasos, montó el caballo y se puso en marcha. David la siguió y al alcanzarla le dijo:

—Perdona, no quería molestarte. También te quería pedir perdón por lo que te dije en Nueva York, incluso quisiera que me perdonaras el haber ido a Nueva York.

—No te preocupes, David; estás perdonado. Te perdoné entonces, y te perdono ahora; incluso te perdono las nuevas ofensas que puedas infringirme.

—Hiciste muy bien en darme aquel bofetón. Estaba tan seguro de mí mismo en aquellos momentos.

—Está bien, David; no hablemos más de ello.

Pusieron los caballos al trote y no hablaron más durante el camino que les condujo a casa.

Ana y Henry habían regresado de Milwaukee a media tarde. La primera ya se hallaba dispuesta a tomar el té y aguardaba en el salón.

Judy estaba allí también absorta en buscar la solución de un crucigrama. Ana la miraba de vez en cuando y al fin se decidió a hablar.

—¿No ha bajado Henry todavía? —preguntó.

—¿Eh? Está arriba; ha dicho que iba a cambiarse, porque Milwaukee es más caluroso que el infierno.

—Supongo que David no debe haber regresado tampoco?

—No.

—Judy, ¿crees tú que es prudente esto?

—¿A qué te refieres?

—A que David salga constantemente con ella.

—¿Crees tú que es prudente por parte de Olivia que consienta a Henry que siempre juegue conmigo a las damas?

—El caso es muy distinto.

—¿Por qué? Henry me es muy simpático.

—¿De veras?

El diálogo era un verdadero desafío entre las dos cuñadas. Judy, nerviosa ante las insidias de Ana, contestaba con violencia:

—¿Opinas tú que Henry hace bien dejando que Olivia salga tanto con David?—preguntó Judy excitada.

—No, claro, no está bien; pero Henry...

—Ana, no puedes vivir tranquila ni dejar vivir a los demás. Como todavía tardarán ellos en venir, voy a ver si mato unas cuantas pulgas del perro, y si mientras estoy ausente

ocurre algo desagradable, te ruego que me llames.

Judy estaba fuera de sí, y comprendiéndolo así Ana, dijo:

—Judy, siento haberte molestado con lo que he dicho, mi intención era buena.

—Estoy segura de que tu intención no era mala, lo que ocurre es que desde que naciste te has ocupado de los asuntos de los demás y no puedes vivir sin entrometerte en lo que no te importa.

Antes de que Ana tuviera tiempo de contestar, Judy ya estaba fuera del salón, y los pasos de Henry hicieron cambiar la dirección de la mirada de su hermana, que había estado observando a Judy.

—Ana, ¿qué tal?—dijo Henry sonriente, dejando una caja encima la mesa.

—¿A qué viene tanta alegría?

—¿Por qué no puede uno estar satisfecho?

—¡Casi que tengo deseos de decirte el porqué uno no debe estar contento!

—¡Oh, Ana! ¿Por qué no te arrancas todas las muelas a la vez? Estoy seguro de que mejorarías de carácter.

Se oyó la voz de David hablando en el jardín:

—Creo que el caballo es mejor

de lo que pensábamos, o tal vez fue la forma en que lo montó Olivia.

Esta, Judy y David entraron en el salón.

—¿Aquel patro montó Olivia? Siempre que lo he montado yo he temido que me derribara a cada momento—exclamó Judy.

—Ya sé yo lo que me ha costado—dijo Olivia, riendo.

—¡Hola a todos!—dijo Henry.

—¿Qué tal, Henry? ¿Qué hay en aquella caja?—preguntó Olivia, señalando la que su marido había dejado encima la mesa.

—Es una caja para guardar tus muñecas de trapo.

Levantó Henry la tapa de la caja y apareció la maqueta de una casa de campo preciosa.

—¡Oh, es el modelo de nuestra nueva casa! ¡Henry, es magnífica!—exclamó Olivia, observando todos los detalles.

—Es más que bonita—dijo Judy—. Nos vamos a encontrar como al otro lado de la frontera cuando os marchéis, ¿verdad, David?

—A mi me gusta más la situación de nuestra fiaca—contestó David.

—Henry, has tenido muy buen gusto—observó Judy.

—Celebro que te guste, que os guste a todos. ¿A ti también, Ana?

—¿Por qué no?—contestó la avinagrada Ana.

—Vámos, Olivia, incluso tenéis la bendición de Ana en este asunto de la casa.

—¿Podríamos salir a dar una vuelta por el jardín? — propuso Henry.

—¿Y si tomáramos antes un combinado?—dijo David.

—Sí, celebremos algo esta tarde —dijo Olivia—con champaña.

La proposición de Olivia sentó mal a Ana, como era de esperar, pero sin atreverse a hacerle la contra, dijo:

—¿Lo queréis beber caliente o esperar la hora de cenar y estará helado?

—Es verdad, tienes razón; perdona, Ana; tomaremos un combinado ahora.

—No, no—dijo Judy—; has dicho champaña, y así ha de ser. David, tú irás a la bodega y subirás las botellas.

Desapareció David en busca de lo que deseaban y mientras tanto Henry y Olivia admiraban la maqueta de su nueva casa.

—He pedido dibujos y fotografías de muebles antiguos—explicó Henry a su mujer—; claro está, que emplearemos algún tiempo para

amueblarla, digamos veinte o treinta años... ¿eh?

—Henry, eres el hombre más simpático que he conocido. No me explico cómo tuve la suerte de encontrarte suelto por el mundo.

—¿Lo consideras una suerte, Olivia?

Ana miraba de reojo a su cuñada, que todavía conservaba el traje de montar.

—Olivia, ¿no piensas cambiarte? —preguntó Ana—. ¿No te parece que la ropa que llevas ha cogido un poco el aroma de la cuadra?

—Ana, acabas de decirme muy delicadamente que huelo mal.

—Hace rato que estamos esperando; no te entretengas en ponerte joyas.

—No traje brillantes, sólo rubies y no pienso ponérmelos.

—Fué sólo una broma, Olivia...

—No me di cuenta, soy un poco torpe.

Salió Olivia del salón, para dirigirse a sus habitaciones y mudarse de ropa.

—Es lástima, pero mi humorismo no es del gusto de Olivia, Henry —dijo Ana, prescindiendo de la presencia de Judy.

—Tú tienes la culpa. Tu observación acerca de la champaña fué des-

acertada. Se vió claramente que te oponías a ello.

—No lo creas, hermano mío.

—Te conozco muy bien, querida Ana.

—Oye, Henry — interrumpió Judy —: ¿pasará mucho tiempo antes

de que podáis instalaros en la nueva casa?

—Te diré, teniendo en cuenta la actividad de los operarios de la localidad, a los que conozco muy bien, sospecho que tardaremos muchos meses, por no decir años.

LAS DOS GRANDES CREACIONES
de la primerísima estrella
GRETA GARBO

MARGARITA GAUTIER
Y
LA MUJER DE LAS DOS CARAS

solamente las encontrará
en

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA NUEVA CASA

LAS suposiciones de Henry no iban mal orientadas y transcurrió más de un año antes no estuvo la casita dispuesta para ser amueblada y habitable.

Durante aquel tiempo, una tranquilidad aparente había reinado en la casa pairal de los Linden. Ana no se había acostumbrado todavía a Olivia y queriendo o no la molestaba a menudo con sus observaciones o consejos. Judy quería a su nueva cuñada, pero la insidia lanzada por Ana no había dejado de hacer mella y se la veía triste muchas veces. Procuraba distraerse e imaginarse que todo era fruto de la envidiosa imaginación de su cuñada mayor; pero en su fuero interno no podía menos que admitir que David había cam-

biado mucho desde que Olivia formaba parte de la familia. En cuanto a aquélla, no se le podía reprochar nada, y se la veía hacer esfuerzos inauditos para evitar cualquier discusión con Ana.

Una de las distracciones de Olivia consistía en visitar con frecuencia la casa en construcción y planear la colocación de los muebles, cuadros y adornos que debían completarla.

Una tarde se hizo acompañar por Belvedere, y mientras la negrita miraba las paredes desnudas del pequeño edificio y los grandes ventanales, todavía sin cristales, observó:

—Señorita, ¿supongo que estas ventanas podrán cerrarse algún día?

—¡Naturalmente, Belvedere!

—Ya conviene, pues de lo contrario cogerían ustedes cada pulmo-

nia... ¿Se encuentra bien, señorita? ¿Cree usted que le prueba comer tanta verdura fresca como sirven en la casa?

—Belvedere, estás pensando en Nueva York, en tu Harlem... ¿Qué supones que están haciendo allí ahora?

La negrita lanzó un suspiro en el que concentró toda la añoranza que sentía por sus viejos barrios.

—Supongo que estarán bien...

—Deben estar bailando... A esta hora la gente debe dirigirse al «Si-rocco» para cenar, pues los que vienen de provincias han de tomar el tren de las diez y cuarto que les conduce a Nueva Jersey y a Connecticut... ¿No bailas con nadie aquí, Belvedere?

Olivia miraba al infinito y su fiel criada veía muy a las claras que su ama no era feliz.

—Señorita, hay algo que le hace sufrir a usted, ¿No se deja pisar por aquella vieja?

—¡No dejaré que me domine!

—La señorita Ana odia esta casa—dijo la negrita, mirando la nueva estructura que pronto sería el hogar de su ama.

—No es la casa lo que odia. Odia todo lo que se hace para mí; también te odia a ti. No somos Linden, y no tenemos derecho a nada.

—Y no es esto solamente lo que

le tiene a usted triste, señorita... Hay algo más.

—Te equivocas, Belvedere, no hay nada más. Es tarde, regresemos a casa.

Se levantó Olivia del banco de carpintero donde se había sentado y emprendió el camino de regreso. Belvedere la seguía con la cabeza baja.

Cuando llegaron a casa, no faltaba mucho para la cena, por lo que Olivia subió a sus habitaciones para arreglarse y bajar a cenar. Desde su llegada a la finca se daba mucha más importancia a la comida de la noche y casi siempre se vestían de etiqueta. Cuando bajó al salón, ya estaba la familia reunida y pasaron inmediatamente al comedor.

La conversación en la mesa transcurrió insípida y sin interés por parte de nadie. Las observaciones e interrupciones de Ana habían acabado por agotar el humor de las dos jóvenes parejas y sólo discutían a gusto cuando se hallaban lejos de la agriada hermana.

Terminada la cena pasaron al salón, y Olivia puso en marcha la radio. Una orquesta moderna tocaba un airoso baile que Olivia, a pesar suyo, seguía moviéndose casi imperceptiblemente, pero con la gracia especial de la bailarina nata.

Judy la observaba con admiración.

—¡Mueve los pies maravillosamente!—dijo Judy—. Muchas veces he probado de moverlo así y no puedo.

—Olivia, ¿quieres café?—interrompió Ana con áspera voz.

—No, hace demasiado calor.

—¿Y... para bailar no hace calor? No creo que sea un ejercicio muy refrigerante.

—¿No?—interrogó Olivia sin dejar de bailar con exquisita gracia.

Henry y David entraron en la habitación.

—Si ves a Charlie—decía Henry a su hermano—dile que no trabaje aquella parcela de tierra.

Olivia dejó de bailar y cerró la radio.

—No, no, muchachas; continuad bailando—dijo Henry cariñosamente—. A David le gusta mucho bailar, ¿verdad?

—A ratos—contestó el aludido.

—Hace mucho calor para bailar—observó Olivia mientras se sentaba en el diván.

—Sí; de repente ha aumentado la temperatura en este salón—interpuso Ana con su habitual impertinencia.

La observación de Ana fué suficiente para que la nerviosidad se apoderara de todos.

—¿Quieres café, Henry?—preguntó Ana.

—Sí, gracias. A propósito, David, ¿podrías ir con la avioneta a Milwaukee por mi cuenta?

—¡Claro, hombre!

—Debía ir yo con Olivia a elegir las alfombras para la casita y no podré porque vendrán los de la calefacción y quiero atenderles yo mismo.

—Pues ahora que me acuerdo, tampoco yo podré ir; resulta que la yegua negra comió demasiada hierba y está hinchada como un globo.

—Charlie puede vigilarla.

—Sí, podría vigilarla, pero prefiero ser yo quien la cuide...

—¿Desde cuándo eres veterinario?

—No lo soy, pero he dicho que quiero cuidarla yo—insistió David, malhumorado.

Judy escuchaba la conversación entre los dos hermanos, que cada momento se hacía más violenta, y sin querer se le cayó la taza y el platito al suelo.

—¡Oh, David! Me has puesto nerviosa, ¿ves? No debes ser tan quisquilloso—dijo Judy.

—Lo siento, Judy—dijo su marido.

—No os preocupéis por mí—intervino Olivia—. Iré en el tren.

—Hace un calor atroz—observó Henry.

—A pesar del calor, prefiero to-

mar el tren, y os ruego que no se hable más del asunto.

Se acercó Judy a su marido y hablando en voz baja le dijo:

—¿Has ofendido a Olivia?

—Lo siento, fué sin mala intención.

—No era necesario hablar tan bruscamente; será mejor que le pidas excusas.

—Déjale en paz—dijo Ana autoritariamente.

La situación se hacía cada vez más tirante en el hogar de los Linden y Henry deseaba que se terminaran pronto las obras de la casita, para trasladarse allí y tal vez con la distancia y el no verse constantemente, Ana dejaría de amargarles la vida a todos.

Por muy buena voluntad que pusieran los dos jóvenes matrimonios en ser amables con la hermana mayor y atender su menor indicación, no había manera de hacerla contenta. Si se accedía a lo que ella pedía, objetaba que se le daba la razón para que callara, y si le llevaban la contraria, alegaba que, como ella ya no era nadie, no se le hacía ningún caso.

David por su parte también estaba muy taciturno, y Judy, aun cuando procuraba disimular, comprendía claramente que entre ellos dos

flotaba algún fantasma que no les dejaba ser felices como antes.

Para no oír a su cuñada, Olivia había salido al jardín. Judy había permanecido en el salón con Ana y Henry; David había desaparecido también, suponiéndose que estaba cuidando la yegua negra que tan preocupado le tenía.

De repente, se oyó la voz de Ana hablando en tono solemne:

—Quien ama el peligro perecerá en él.

—¿A qué viene esto, Ana?—preguntó Henry.

—Es un párrafo de las Sagradas Escrituras—aclaró Judy—. Ya sabes que a nuestra hermana le gusta apoyarse en esos textos. ¿Quieres jugar a damas, Henry?

—Sí, de buena gana.

Olivia había ido a sentarse en un banco situado al pie de un enorme árbol. Oyó que alguien se acercaba y se levantó.

—No es necesario que eches a correr, Olivia. Soy yo.

Era David.

—He venido para pedirte excusas. Me porté mal contigo. Parece que tú y yo cada vez que nos encontramos es para que te insulte y luego tenga que pedirte perdón.

—Ya te dije que te perdonaba las ofensas cometidas y las que pudieras cometer, David.

—¿A qué crees que obedece mi manera de actuar?

—¿Qué sé yo, pobre de mí! Podríamos entrar en casa, ¿no?

David hizo como si no oyera su pregunta, y continuó:

—¿No lo sabes?

—¿Cómo voy a saber yo lo que tú piensas? Cada uno tiene su manera de ser.

—Pues deberías saberlo. A ti te ocurre lo mismo que a mí.

—Te equivocas, David, no coincido en nada contigo.

Olivia se levantó del banco y empezó a andar en dirección a la casa.

David le seguía sin hablar.

—David, quisiera decirte algo para que te enteraras y me dejaras en paz para siempre. Estoy casada con tu hermano Henry, tengo todo lo que he deseado poseer en esta vida, y no me falta absolutamente nada, ¿me entiendes?

La contestación de David se quedó en el aire, porque se oyó a Henry que les llamaba.

—¿Dónde estáis?

—¡Aquí!—contestó Olivia.

—Bueno, ¿ya habéis hecho las paces?—preguntó Henry al reunirse con ellos.

—No habíamos reñido—dijo Olivia sonriendo—. Hace una noche deliciosa. ¿Qué te parece si nos llegáramos hasta nuestra casita?

—Es una gran idea. ¿Vienes con nosotros, David?

—No, gracias; ya nos veremos cuando regreséis.

Se alejó David, y cuando estaba a cierta distancia, Henry preguntó a su mujer:

—¿Qué le ocurre a David?

—Tal vez come demasiada verdura fresca. Belvedere atribuye el mal humor a ese régimen. Además, sufre de lindenitis.

—¿Lindenitis? ¿Qué es esto?

—La enfermedad de la casa. Todos, excepto tú y Judy, la sufren en alto grado. Ana, David, incluso el administrador Collins, todos están convencidos de que sólo ellos tienen razón.

—¿Tienes algo que decir en contra de la gente que posee criterio?

—No, ni mucho menos, sólo lo critico cuando este criterio está equivocado.

—De todas maneras, temo que el mal de David no sea precisamente éste.

—Y... ¿si no nos preocupáramos del mal humor de David?

—Me preocupa porque le he estado observando desde que llegamos nosotros aquí y no parece el mismo.

—Henry, ¿no podríamos hablar de cosas más interesantes, como los muebles de la casa o de los asuntos de la Junta Agrícola?

—No me gusta el comportamiento de David, me pone de mal humor. Es mi hermano y le quiero...

—Claro que le quieres. Tú quieres a David, éste quiere a Ana y Ana te quiere a ti. Todos los Linden se quieren, son famosos por esto, por lo pretenciosos y mezquinos — exclamó Olivia sin poderse contener más.

—¿Cómo puedes hablar así?... ¿Dónde están los pretenciosos, los mezquinos?

—¡Tal vez lo he dicho mal, sois Linden, y nada más! Henry, hace demasiado calor para llegar hasta la casita; regresemos y me iré a dormir.

No esperó Olivia a que Henry aprobara su proposición, y dando

media vuelta, empezó a desandar lo andado.

—Olivia, espera; te lo suplico.

Se paró la joven y la alcanzó su marido.

—Comprendo lo que ocurre... Ana, el calor y todo en general es demasiado para ti. Yo mismo acabo de hacerte enfadar en lugar de ayudarte a sobreponerte. No sabes cuánto lo siento.

—No te preocupes, Henry; no me hagas caso y olvidemos todo esto.

—De ninguna manera podré olvidarlo—dijo Henry, cogiéndole el brazo—; es nuestra primera discusión... y espero que será la última. Para mí es una fecha histórica.

—Sí, Henry, nuestra última discusión.

UNA FIESTA EN EL CAMPO

LAS obras en la nueva casa de Henry Linden llegaron a su término y se pudieron ocupar en empezar a amueblarla para instalarse en ella pronto.

Judy y Olivia se pasaban el día allí colocando cortinas, colgando cuadros y distribuyendo los muebles de una y otra habitación.

—Estas cortinas ya están bien —dijo Olivia, mirando unas que acababa de colocar—. Yo hubiese querido trasladarnos hoy mismo, pero el olor a pintura es insoportable.

—¿Por qué tanta prisa?—preguntó Judy—. Nos gusta que estéis con nosotros.

—A ti te gusta. ¿Sabes qué he pensado, Judy? Que tal vez hemos construido esta casa demasiado cer-

ca de la otra... de la del resto de la familia.

—Demasiado cerca de Ana, quieres decir.

—Sí, esto es.

—Aunque estuviera media milla más lejos no alteraría nada.

—Simplificaría muchos aspectos.

—No lo creas; todo quedaría igual.

—No te comprendo.

—Olivia, ¿sabes por qué tú y Ana no congeniais?

—No lo sé.

—Pues porque tenéis distintos puntos de vista. Ana ve las cosas a su manera y no existe quien pueda hacerse las ver de otra forma. Tú tienes tus puntos de vista más amplios, tienes más instinto...

—Gracias, Judy.

—Olivia, ¿por qué te casaste con Henry?

—Me gustó mucho cuando le conocí. Me encontraba sola, rodeada de gente a quien despreciaba y vi que casándome con él podía huir de una existencia que no me hacía feliz.

—Si Ana te oyera hablar así se horrorizaría.

—¿No te horroriza a ti, Judy?

—No; yo hubiese hecho lo mismo. En realidad lo he hecho. David nunca estuvo enamorado de mí, ¿entiendes?, nunca.

—Pero él se imaginaria que lo estaba...

—¡Oh, sí! Y yo nunca procuré desilusionarle. ¿Le dijiste alguna vez a Henry que le querías?

—Nunca—contestó Olivia, decidida.

—Pues te portaste mejor que yo. Porque yo convencí a David de que él me quería.

—Estarías muy enamorada de él.

—Nunca he querido a nadie más en mi vida y sigo queriéndole igualmente; creo que no podría vivir sin él.

Judy arreglaba las flores de un jarrón mientras hablaba y Olivia se ocupaba con atención de las cortinas.

El hijo de Collins entró en la habitación.

—¿Qué tal, señora Linden? La pintura todavía está pegajosa.

—Sí, un poco, Benny.

—Hola, Benny, ¿cómo va la trompeta?—preguntó Judy.

—A las mil maravillas; deberían oírme tocar ahora.

—Me parece que te ha oído todo el vecindario de cinco millas a la redonda.

—Benny, trae esa cortina. Oye, ¿por qué no tocas con la orquesta que vendrá esta noche para la fiesta?

—¿Vendrá una orquesta, señora Linden?

—Sí, la del Milwaukee.

—¡Oh! Pídales que me dejen tocar con ellos.

—Haré lo que pueda, Benny, y también puedes traer a tu novia a la fiesta.

—¡No estoy por muchachas yo!

—No puedo creerlo... Un joven tan atractivo como tú...

Benny no se daba cuenta de que Olivia se estaba burlando de él, y se paseaba orgulloso arriba y abajo de la habitación ayudándole a colocar muebles y cortinas.

Cuando la casa estuvo en orden y preparada para recibir a los invitados, las dos cuñadas regresaron a la casa grande para cenar, a fin de volver a la hora de la fiesta.

Las invitaciones se habían repartido a todo el pueblo y la fiesta pa-

sería a ser uno de los acontecimientos que todos recordarían durante mucho tiempo.

La orquesta fué la primera en llegar y se situaron en el sitio más espacioso del jardín. Olivia había cumplido su palabra y Benny aparecía sentado en la fila de los trompetas, orgulloso de hallarse entre músicos de verdad.

No faltó nadie a la inauguración del nuevo hogar de Henry Linden, cuyos jardines se veían animados por toda la vecindad que admiraba la moderna construcción y originales muebles, tan distinto todo de la casa pairal. La gente hacía sus comentarios y se divertía bailando al son de una nutrida orquesta, cosa que no ocurría todos los días.

Judy vestía un bonito traje de noche que hacía resaltar su belleza y juventud. Henry la encontró en el jardín sola.

—Judy, ¿qué haces aquí?

—Nada, observo la fiesta.

—Yo estoy muy contento, tengo ganas de bailar. ¿Bailemos una gavota?

—No, gracias.

—¿Quieres comer algo?

—No tengo apetito.

—No me digas que te sientes romántica.

—Pues temo que sea así. Parece

increíble en una mujer casada y vieja como yo.

—Y resulta que está enamorada de un hombre que se llama David.

—¡Oh, esta música, la noche, la luna, todo cuanto veo y cuanto oigo... Estoy enamorada de David. Henry, por si acaso no lo sabías, te repito que estoy enamorada de David.

Las manifestaciones de Judy sorprendieron a Henry, por más que él ya se había dado cuenta de que, de un tiempo a esta parte, toda su familia actuaba de manera extraña.

—Lo sé perfectamente, Judy. Me has tenido al corriente de este hecho siempre, con intervalos regulares, desde que tenías ocho años.

—¿De veras? Pues esta noche más que nunca siento que le quiero.

—Cuando tenías trece años, por poco me quitas un ojo, porque le pegué a causa de haberte pegado a ti.

—Yo me había portado mal aquel día. Hizo bien en pegarme. Henry, ¿he cambiado mucho?

—¿Cambiado?... ¿Bajo qué aspecto?

—Ahora tengo veinticuatro años, ¿ves algo distinto en mí?

—Sí; por de pronto ya no tienes pecas... y eres muy bonita.

—¿Bonita? Esta palabra no es gran cosa; ¿no soy brillante?

—¿Quisieras ser deslumbrante, Judy?

—Sí, más que ninguna.

—¿Por qué?

—Porque así David se fijaría en mí y me daría cuenta de que me quiero. Oiría una canción y se acordaría de mí, y entraría en una habitación y la abandonaría inmediatamente al ver que yo no estaba allí y me buscaría hasta encontrarme...

Henry escuchaba pacientemente la extraña confidencia de su cuñada y al fin se decidió a preguntar:

—Judy, dime la verdad, ¿ocurre algo entre tú y David?

—No, Henry, no; nada.

—¿De veras? ¿Todo sigue igual que siempre?

Asintió Judy con la cabeza, sin proferir palabra.

—Me has preocupado con tu manera de hablar.

—Henry, quisiera hacerte una pregunta. ¿Cuándo conociste a Olivia, qué sentiste?

—Sentí que la quería.

—¿Desde el primer instante?

—Sí, desde el primer momento.

—¿Te preocupaste en pensar si ella compartía el mismo sentimiento que tú?

—Al principio, no...

—Y... ¿luego?

—Luego nada me ha importado, porque la quiero con toda mi alma.

—Claro, sabes que es tuya y puedes quererla tanto como quieras. Henry, es muy hermosa Olivia, muy atractiva.

Como de costumbre, la áspera voz de Ana interrumpió la conversación.

—Judy, ¿podrías venir un momento a ayudarme?

—Sí, voy en seguida.

Judy se levantó para seguir a su cuñada, quien le dió instrucciones sobre unos refrescos a preparar.

Olivia ofrecía un magnífico aspecto con un elegante traje blanco, último modelo de París, según todas las apariencias. Belvedere estaba hablando con ella junto a la mesa donde habían las provisiones para obsequiar a los invitados.

Ana apareció por allí con un paño y empezó a limpiar los vasos.

—No es necesario que te ocupes en esto, Ana—dijo Olivia.

—Me gusta hacerlo, y como que no voy vestida con trajes de París, puedo hacer lo que me parezca.

—Ya supongo que no das el visto bueno a este vestido.

—Al contrario, lo encuentro muy bonito.

—Pero no lo consideras apropiado para esta ocasión.

—No discutamos, Olivia. ¿Supongo que no es necesario que coincidamos en gustos?

—No; lo que te interesa es molestar.

—Cuesta mucho contentarte, Olivia.

—Ana, ¿podrías decirme qué es lo que te molesta de mí?

—Aunque te parezca mentira, personalmente no me molestas.

—Me lo explico en parte. Continúa, te lo suplico.

—¿No te ha ocurrido nunca que te imaginas algo de una persona, incluso antes de conocerla? Me imaginé que nunca te adaptarías a nosotros y sigo pensando lo mismo. Tu influencia es perturbadora.

—Me parece que la única persona que se siente perturbada por mi presencia eres tú... Y a decir la verdad, hace tiempo que alguien debió haberte molestado un poco.

—¿Quién es que molesta ahora?

—Yo, y a conciencia. He hecho todos los posibles para ganar tu simpatía y benevolencia, he soportado mucho, pero ahora ya estoy cansada de tus ridículas persecuciones.

Ana escuchaba atónita la filípica de Olivia. Por primera vez en su vida alguien le hablaba claro y con energía.

—Por consiguiente, de hoy en adelante si molestas con tus observaciones yo haré otro tanto, procurando molestarte todavía más. En

esta forma la violencia será general, o tal vez consigamos entendernos.

—Tal vez, pero me parece difícil poder hacer buenas migas contigo, Olivia. Tú debes comprender que yo quiero mucho a los míos.

—¿No crees tú que yo los quiero también?

—No eres capaz de querer a nadie más que a ti misma.

Las dos cuñadas sostenían esta conversación en voz muy baja, pero esto no le quitaba violencia. Olivia se dió cuenta de que era inútil discutir con aquella mujer egoísta, acostumbrada a dominar a cuantos le rodeaban.

—Es mejor no decir nada más—dijo Olivia—. Voy a ver a los que bailan.

Abandonó Olivia a su cuñada; cruzó la parte del jardín donde estaban paseando algunos invitados, y se dirigió hacia un grupito de jóvenes que se entretenían probándose las fuerzas. Uno de los que luchaba era David. Su oponente era un labriego, alto y musculoso, pero a pesar de ello, David se mantenía fuerte. Cuando Olivia se acercó a los luchadores, sin duda aquél se distrajo y cayó vencido. Todos se echaron a reír, incluso Olivia, que no pudo contener una ruidosa carcajada.

—Es la primera vez que te oigo reír a gusto desde que llegaste—ob-

servó David, entre ofendido y satisfecho.

—Es que no había visto nada que me hiciera tanta gracia.

—Pues ahora en castigo tendrás que bailar conmigo.

—No, David, no puedo; tengo que atender a muchas cosas; a los invitados, los refrescos...

—Bueno, ya se atenderán solos.

Se dirigieron a la pista de baile, atestada de parejas, y empezaron a bailar.

—Bailas muy bien, Olivia.

—Parece que sí. La orquesta toca maravillosamente, ¿verdad?

—Sí. ¿De qué podríamos hablar... para no decir lo que los dos estamos pensando?

—¿Es indispensable hablar? ¿Es una vieja costumbre de los Linden conversar mientras se baila?

Ambos continuaron bailando en silencio. Olivia empezaba a resentir aquella situación que resultaba violenta.

La señora Briggs, una buena vecina de los Linden, cuyo peso oscilaba entre los setenta y ochenta kilos, bailaba alegremente, con toda la ligereza que le permitía su volumen. Olivia vió en ella su salvación y al encontrarse, exclamó:

—¡Oh, señora Briggs! La estábamos buscando. Mi cuñado David quiere bailar con usted.

Olivia se desprendió de su bailarín y lo entregó a la poco ágil señora Briggs.

—No bailo muy bien—exclamó satisfecha la señora Briggs, apoyándose al brazo del menor de los Linden.

—Ya lo creo que baila bien—dijo Olivia—; es usted demasiado modesta. Me he fijado en sus pies y sigue el compás maravillosamente.

—¿Empecemos, señora Briggs?—dijo David, cogiéndola por la cintura y lanzándose a bailar con el mismo gesto que un desesperado se arroja al mar.

Con el fin de ver si todo marchaba bien, Olivia fué a la glorieta, donde debían servirse los refrescos. Estaba desierta todavía, salvo por Benny Collins, que había abandonado la orquesta; después de haber desafiado atrocemente, y se consolaba bebiendo coñac de un botellín plano que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón.

—¿Qué haces aquí, Benny?—preguntó Olivia, sorprendida.

—Me aburro en esta fiesta, igual que usted, señorita.

—Yo no me aburro. ¿Por qué has dicho esto?

—¿Cómo puede usted divertirse entre paletos como nosotros?

—Estás equivocado, me divierto

de veras...—insistió Olivia, mintiendo con valor.

—Usted no ha nacido para vivir en el campo. Necesita luz, alegría, música, champaña...

—Eso es lo que dicen de mí por aquí, pero te aseguro que me encuentro muy feliz en este ambiente. Bueno, me voy a ver cómo anda todo...

—Espere, espere, quiero decirle otra cosa.

Olivia se dió cuenta de que Benny había bebido demasiado.

—Ya me lo dirás mañana, ahora tengo trabajo en otra parte.

—No, quiero decirlo hoy... Yo, yo, señorita Olivia, usted siempre ha demostrado mucho interés por mí...

Le costó un poco de trabajo a Olivia darse cuenta de que aquel beodo intentaba galantearla. Estaba completamente borracho y era tan absurda su pretensión que sintiéndose molesta, le dijo muy resuelta:

—A mí nunca me han interesado los chiquillos que beben demasiado. ¡Márchate de aquí inmediatamente!

—¡No quiero marcharme!

—Ya te he dicho que te marcharas, que no me interesan los muchachos estúpidos.

La borrachera de Benny no era tan intensa como aparentaba y al

verse tratado con dureza por Olivia quiso vengarse.

—¿No le interesan los muchachos estúpidos como yo, eh? Pero cuando son guapos y elegantes como...

La voz de Benny y también sus palabras habían sido oídas por David Linden que al fin había logrado emanciparse de la señora Briggs.

—¿Qué haces aquí, Benny? ¿Por qué molestas a Olivia? ¡Sal de aquí corriendo!

La actitud de David no daba lugar a duda, y antes de que le partiera la cara de un puñetazo, Benny salió corriendo.

Olivia quiso disimular su nerviosidad por lo ocurrido con Benny y se echó a reír.

—No rías, Olivia. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Es tan absurdo, David, todo esto!

—¿Qué es absurdo?

—Pues... Benny, tú, yo, todo cuanto me rodea—dijo Olivia, riendo con nerviosidad.

—Te ruego que no sigas así.

—Ya no río más. ¿Qué otra cosa extraña ocurrirá ahora?

—¡Qué sé yo!

—¡Ah, David, qué poco reflexivo eres!

—¡Nunca lo he sido!

—Pues debieras serlo.

No esperó Olivia que él contes-

tara y salió al jardín, para hacer ver que tomaba parte en una fiesta que ya empezaba a pesarle.

David se dirigió a la casa, de muy mal talante, y allí encontró a Judy, quien tampoco parecía sentirse muy alegre. La actitud de David era rara y no pasó desapercibida de su esposa.

—Judy, ¿qué haces aquí?

—Nada, David... ¿Buscas a alguien?

—Sí, a Olivia. Hace poco la vi en el jardín... y creí que había entrado aquí.

—No ha entrado aquí, no la he visto. Qué fiesta más bonita, ¿verdad?

—Mucho, y tú estás hermosa, Judy.

—¿De veras? Deseaba estar bonita esta noche, David.

Se acercó David a su esposa, mirándola intensamente.

—Judy...

—Sí, David, ¿qué?

—Nada...

—¿Te encuentras bien? Parece que hayas visto algún fantasma. Estás muy raro esta noche.

—He estado luchando con los muchachos, y seguramente ya soy viejo para esa clase de juegos.

—No debes hacer chiquilladas. Por cierto, David; Collins deseaba verte. Me parece que ha dicho que

una de las yeguas se había lastimado una pata.

—¿Sí? Voy a ver de qué se trata.

—No tardes, David.

Cuando Judy quedó sola pensó que aquella fiesta había sido un desacierto; ninguno de la familia estaba para atender a los invitados. Todos andaban absortos con sus problemas. Parecía que sobre ellos pesara alguna desgracia. Ella hacía esfuerzos para sobreponerse y no podía. Las insidias de Ana habían acabado por preocuparla y no veía salida a la situación creada. No podía menos que admitir un cambio de actitud en David, y le horrorizaba pensar que Ana pudiera tener razón.

Quien más en su centro estaba era Henry, a quien la felicidad que sentía iluminaba cuanto le rodeaba y no daba la menor importancia al mal genio de su hermana mayor ni a sus insidias.

Paseaba por el jardín, hablando con unos y otros, amable y atento con todos, cuando vio que Olivia se acercaba sola.

—¿Te diviertes?—le preguntó él.

—Sí; pero quisiera marcharme por algún tiempo.

—¿Marcharte?... ¿A qué viene esto?

—No sé.

—¿Quieres indicar que te gusta-

ría marchar de la finca? ¿Por qué?
¿Qué ha ocurrido?

—Te diré...

—¿Otra pelotera con Ana?

—Sí; esta noche la hemos tenido muy fuerte. Ana dice que no pertenece a vosotros.

—Pues yo digo que sí, y soy yo quien manda.

—Pero es posible que ella tenga razón. Después de todo yo soy neoyorquina y, Henry..., no lo puedo olvidar fácilmente. Hay momentos en que desearía que el canto de un grillo fuera la bocina de un taxi y una vaca un automóvil...

—Me hago cargo de todo esto, Olivia; pero me extraña que esos deseos se hayan presentado esta noche precisamente. Has discutido con Ana muchas veces y no comprendo que hoy tengas tanta urgencia en marcharte.

—No sé... Pero la gente, la música y... qué sé yo... Henry, no me hagas tantas preguntas. Sé lo que siento dentro de mí.

—¿Estás segura de esto, Olivia?

—Sí, lo estoy. No quiero decir que sea para siempre, sólo para una temporada, para tener la seguridad de que realmente ésta es la vida que me hace feliz. ¿Comprendes, Henry?

—Y que es realmente a mí a quien quieres...

—Henry, quisiera marchar sola.

—Entonces esta nueva casa, que tanta ilusión parecía producirte... ¿qué?

—Volvería pronto, volvería pronto, supongo.

—Maggie Riley, si así lo quieres, así será.

—Los Riley siempre acostumbran a salir con la suya.

Los invitados de los Linden se habían divertido mucho, porque no fueron a la fiesta con reservas mentales, y si tan sólo a bailar y a comer los buenos manjares con los que los señores de la casa les habían obsequiado. Las nerviosidades e histerismos de las tres cuñadas habían pasado desapercibidos de todos. Tal vez sólo el tonto de Benny Collins había adivinado alguna cosa a través de la neblina de su borrachera, y de haber comunicado sus impresiones a tercera persona, no se habrían tomado en cuenta sus palabras, porque estaba demasiado bebido.

Eran las primeras horas de la madrugada cuando los invitados empezaron a desfilar, y en la puerta del jardín los despedían el pleno de la familia Linden, repartiendo sonrisas y amables buenas noches, mientras aceptaban las gracias de los que habían asistido a la fiesta.

Una de las señoras que se despedían se dirigió a Olivia:

—Confío que su vida en esta casa sea tan agradable como ha sido para mí esta noche, señora Linden.

—De momento, nuestra vida tardará algún tiempo a empezar aquí. Vamos a emprender un viaje, una segunda luna de miel...

—¡Oh, qué agradable! ¿Estarán ausentes mucho tiempo?

—Unos seis meses.

—Vaya, que se diviertan ustedes mucho.

—Gracias. Muy buenas noches.

No pasó desapercibida a Ana semejante conversación y con los ojos interrogó a Henry. Este le habló al oído, para evitar toda violencia ante gente forastera.

—Pero ¿es verdad lo que ha dicho, Henry? Buenas noches, señora Smart.

—Buenas noches, señora Smart —dijo Henry—. Sí, regresaremos pronto. Buenas noches, Jesse.

—¡Adiós, Henry! —dijo el marido de la señora Smart.

—Si os váis, no volveréis jamás —murmuró Ana casi al oído de su hermano—. Buenas noches, señor Perkins.

—¡Buenas noches! —dijo Henry a otro invitado.

David, que estaba al lado de Olivia, se había dado cuenta de cuanto habían hablado, e inclinándose hacia ella, le dijo:

—Una ausencia de seis meses será como una ausencia de seis minutos.

—Entonces la haremos de seis años —murmuró Olivia—. Buenas noches, señora Partridge.

—Buenas noches.

LA CRISIS

LA noche había sido calurosa y todas las puertas y ventanas de la casa paíral estaban abiertas de par en par, cuando los hermanos se retiraron para descansar. Cambiaron entre ellos otras tantas buenas noches, y sin hacer más comentarios, cada uno se retiró a sus habitaciones.

Henry se despidió de su esposa, para ir a arreglar algunas cosas en su despacho antes de emprender aquel viaje en que tanto empeño había demostrado Olivia.

Haría un buen rato que estaba trabajando, cuando se abrió la puerta, dejando ver a Ana con bata y el pelo recogido. Su semblante no auguraba ninguna buena noticia.

—¿Es necesario que trabajes en una noche como ésta?

—Tengo varias cosas que arreglar antes de partir.

—¿Es indispensable ese viaje?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Porque Olivia así lo desea.

—¡Pues yo quiero que te quedes!

—Regresaremos pronto, Ana.

—¡No volverás jamás! ¡Ella no te dejará volver! ¿Crees tú que Olivia te quiere, Henry?—preguntaba Ana, excitada.

—¡Es mi esposa, Ana!

—Yo soy tu hermana, Henry, y te quiero. Existen hermanas que no quieren a sus hermanos y esposas que no quieren a sus maridos, porque...

—¡Ana, te lo suplico, calla!

—Cuando una mujer ama a su marido, no siente ansias de ser admirada, pero hay mujeres que son como la llama, que consumen cuanto alcanza... ¡Henry, échala de aquí antes de que nos destruya a todos!

—¡Basta, Ana! Olivia y yo nos vamos; pero ten en cuenta una cosa, quien nos echa eres tú. Recuerda esto: tu odio, tu alma enfermiza, nos obliga a marcharnos.

Henry hablaba casi gritando, y como Ana nunca le había visto tan descompuesto, sintió miedo y quiso hablar, pero él no la dejó.

—Traje a Olivia aquí con el deseo de que la quisieras como yo la quiero, y ahora me voy odiándote tanto como tú la odias a ella. ¡Recuerda mis palabras!

—No, Henry, no, quédate; por tu bien, quédate. Por el bien de David y de todos nosotros, no te vayas.

Ana hablaba llorando, pero aquel llanto no conmovió a su hermano.

—¡No lores!... No quiero oírte más. ¡Vete de aquí! ¡Tu presencia me solivianta!

Era inútil hablar más con Henry; así lo comprendió Ana, y se retiró más furiosa todavía que cuando había entrado. Entonces iba con la esperanza de convencerle. Después de lo ocurrido entre los dos vio que era

todo inútil. En los ojos de Ana brillaba una luz maléfica.

Aquella noche que para los Linden había prometido ser venturosa, iba rápidamente precipitándose hacia lo trágico.

David había abandonado sus habitaciones porque no podía descansar y estaba en el salón tocando el piano. La música atrajo a Olivia, que tampoco dormía.

—Olivia, ha nacido un potro. ¿Te gustaría verlo?—dijo David, dejando de tocar el piano.

—No; se siente demasiado calor para ir a las cuadras.

Ante la negativa, David pulsó de nuevo las teclas para tocar el famoso vals que había visto bailar a su cuñada.

—¿Es indispensable tocar esta pieza?—preguntó ella.

—En un tiempo te gustaba—contestó él, dejando de tocar.

—Pues ahora estoy harta de esa música, completamente harta.

—Eres muy poco original, Olivia.

—Ya lo sé. ¿No te has dado cuenta hasta ahora?

—¿Es necesario que peleemos siempre que hablamos?

—Sí, y ¿sabes por qué?

—Sí, porque...

—Porque tenemos el mismo temperamento. Estamos acostumbrados a conseguir todo lo que nos propo-

nemos. Somos personas mal educadas, caprichosas, y esa clase de gente siempre acaba mal. Pregúntaselo a Ana.

—Prefiero preguntártelo a ti.

—Tú eras feliz antes de que yo viniera aquí y volverás a serlo en cuanto yo me ausente.

—¿Crees tú que será así? No sé si era feliz; estaba tranquilo, nada más.

—¿Cómo puedes hablar así?

—Porque, Olivia...

Judy apareció en el salón.

—¡Qué calor más insoportable! No se puede estar en las habitaciones.

—No parece que sientas mucho el calor—dijo Olivia.

—Estaba contemplando el paisaje desde mi ventana. ¡Era hermoso!

—¡Qué ideas!—dijo David con ironía.

—Me gusta contemplar la noche. ¿Dónde están los demás?

—Henry está arreglando cuentas —informó Olivia—. No sé dónde está Ana. Me parece que finalmente me voy a dormir.

—No te marches—suplicó Judy— Tengo ganas de hablar un rato.

—Como tú quieras.

—Tengo buenas noticias para ti, Judy—observó David—. Ha nacido un potro.

—¿De veras? ¿Es bonito?

—Sí, mucho; un alazán. Por cierto, que quiero ver al veterinario antes de que marche.

—No es necesario que pongas una cara tan grave para decir esto —observó Judy, sonriendo—. No te vayas, David; ven aquí conmigo. Llevas la corbata torcida. Así; ahora está mejor.

Dejó él que su esposa le arreglara la corbata y se dio cuenta de que poco le faltaba a ella para ponerse a llorar, pero disimulaba con valentía.

—Ya puedes marcharte ahora si quieres, David; ya vas más arreglado.

—Gracias, Judy.

No se hizo rogar más y desapareció dejando a las dos cuñadas juntas.

—David es una calamidad con la ropa. Olivia, si hubieras estado conmigo en la ventana contemplando la noche, te habría gustado mucho. De repente sentí una sensación extraña. Una sensación como si yo lo supiera todo, como si ya no existieran secretos para mí. Me sentí más satisfecha, más segura.

—Debe ser una sensación agradable.

—Es posible que yo no lo sepa todo, pero de lo que estoy segura es

de que todo lo que sé es lo que ha de ser.

—¿Qué es lo que crees saber, Judy?

—Algo más de lo que tú sabes, Olivia.

—Es muy posible, porque estoy bajo la impresión de que no sé nada.

—Olivia, vas a cometer un gran error.

—¿Qué quieres decir con esto?

—¿No has oído decir alguna vez de ciertas personas que han nacido una para otra?

—Sí...

—Claro que a veces se dice esto sin analizarlo mucho... Pero ¿no crees que realmente existen personas nacidas una para otra?

Olivia hizo un leve movimiento de hombros.

—Dime: ¿lo crees así, o no?

—No lo creo, es decir, no lo sé. Puede ocurrir alguna que otra vez, pero...

—Sí; y cuando ocurre duele más que una herida... es más importante que nada, ¿no es así?

—Supongo que tú lo sabrás cuando lo dices, pero todo depende...

—En Olivia, no depende de nada, y quiero decirte por qué te admiro...

—¡No, Judy, por favor!

—Sí, sí, quiero decírtelo; es porque no te engañas a ti misma. Sería

terrible que intentaras engañarte, negándote lo que creo deseas.

—Judy, debo retirarme; es muy tarde.

—Espera un momento, antes quisiera pedirte un favor; quiero...

—Judy, Henry y yo marchamos mañana mismo, dentro de pocas horas...

—Y David y yo, ¿qué? ¿Crees que volveremos a ser felices?

—Sí, dentro de algún tiempo, claro.

—Estás en un error, Olivia; tú debes hacer lo que yo creo es mejor...

—¿No quieres a David, Judy?

—¡Sí, con toda mi alma!

Antes de que Olivia tuviera tiempo de contestar, entró el viejo Collins gritando en el salón.

—¡Henry! ¡David! ¿Dónde están? ¡La casita nueva está ardiendo! ¡Hemos de encontrarles!

Al grito de alarma dado por Collins todos los de la casa salieron al jardín y corrieron hacia la nueva casa, allí donde poco tiempo antes se había celebrado tan animada fiesta.

Los gritos y el barullo promovido por Collins y demás criados de la finca atrajo a todo el vecindario, que prestó su colaboración para apagar aquel fuego que rápidamente devoraba el nuevo hogar de Olivia. To-

dos los esfuerzos fueron inútiles, y después de haberse hundido los techos, las paredes amenazaban ruina. Aquella casa que parecía haber traído la discordia entre los hermanos Linden, era una enorme hoguera.

Judy y Olivia miraban el incendio con los ojos desmesuradamente abiertos.

—He perdido mi hogar antes de tomar posesión de él—dijo Olivia.

—Poco debe importarte, ibas a abandonarlo. ¿Por qué quieres marchar?

Olivia no contestó. Ana apareció como si viniera de la casa en llamas. Llevaba el pelo en desorden y sus ojos brillaban maquiviamente. Su boca dibujaba una sonrisa que no era más que una trágica mueca. Se acercó a Henry, que trabajaba como los demás para ver de apagar el fuego.

—No luches más, Henry. ¡Deja que arda esa casa!

—¿Qué te ocurre, Ana? —preguntó el hermano, sorprendido al ver el extraño aspecto que presentaba.

—¿Qué nos ha ocurrido a todos, Henry? Todo se reducirá a cenizas, si tú lo consientes, y las cenizas se las llevará el viento... lejos, lejos de los Linden. ¡Déjala arder, Henry! ¡Es conveniente que arda!

—¡Ana! ¿Es posible que este incendio sea obra tuya?

—¡Ella es quien lo ha incendiado todo; nuestra casa, a ti, a David, a Judy... Y tú no puedes apagar este fuego, es el fuego del infierno, Henry!

Se acercó el mayordomo para retirar a Ana, quien no parecía estar en su juicio.

—¡Ella lo hizo, Henry! ¡Ella es la culpable de todo!

—Leonardo—dijo Henry al mayordomo—, acompaña a la señorita Ana a casa.

—Muy bien, señor.

Las dos jóvenes seguían contemplando el fuego y poca importancia habían dado a los gritos de Ana. Henry miraba a Olivia, en cuyos ojos se veían brillar las lágrimas.

De repente, Judy se puso a correr en dirección al fuego.

—¡Judy! ¿Dónde vas?—gritó Olivia.

No le hizo Judy ningún caso y penetró en la casa. La siguió corriendo Olivia, pero no pudo alcanzarla hasta encontrarla dentro y en aquel momento se derrumbaron unas vigas. Siguiéron unos momentos de confusión; pero Olivia, que no había sido alcanzada, pudo recoger a Judy del suelo y llevándola en brazos sa-

lió fuera, al jardín, cayendo ambas desmayadas.

Pronto se vieron rodeadas de todos los que estaban por allí, en primer término Henry y David.

—¡Un coche inmediatamente!

—ordenó Henry—. Las dos están sin sentido.

—¡Charlie! Corre, Judy está muy mal herida—gritó David, aterrado, contemplando el pálido semblante de su esposa.

HACIA LA FELICIDAD

LA mañana encontró a los dos hermanos en el salón, angustiados por el estado de sus respectivas esposas. Ana se presentó con el semblante traspuesto, pero muy sosegada. Llevaba una cafetera en la mano.

—Henry, David, debéis tomar una taza de café.

—Gracias, Ana—contestó Henry.

—¿Cómo está Judy?

—Parece que se repondrá, pero sufrirá un poco—informó Henry.

—Y... Olivia, ¿cómo está? — se esforzó en preguntar Ana.

—Ella apenas tiene nada; sólo una quemadura en la mano. Estuvo afortunada.

—¿No quieres café, David?

—No, gracias, no quiero.

—Debes tomar algo, no has dormido.

—Ya lo sé, Ana, y no quiero tomar café. ¿Oyes lo que te digo? ¡Que no quiero!

—¡David!

—Déjame en paz! ¡No te ocupes de los demás! Este es tu principal defecto, ocuparte de lo que no te importa.

De repente, David se dirigió a donde Ana había dejado la taza de café destinada a él. La cogió y la tiró con furia al suelo, rompiéndola en cien pedazos.

—¡Toma, ahora diviértete recogiendo esto, e intenta pegar los trozos... Esto es lo que vamos a hacer todos. Reconstruir lo que hemos destruido.

Una enfermera entró en el salón.

—Señor Linden... Señor David Linden, la señora Linden desea hablar con usted.

—¿Judy me llama?

—No; la señorita Olivia—dijo la enfermera.

David salió de la habitación dirigiéndose a la escalera. Ana y Henry cambiaron una mirada.

—¿Se puede?—preguntó David, llamando a la puerta de la antecámara de Olivia.

—Adelante, David.

Entró él, cabizbajo, sin atreverse a mirarla.

—Es la primera vez que veo amanecer en la finca—dijo Olivia—, y encuentro que es un espectáculo hermoso. ¿Te has dado cuenta de lo que representa la actitud de Judy de ayer noche?

—No me doy cuenta de nada. Sólo comprendo que me he portado muy mal. Jamás me perdonaré el mal que he causado a Judy, aunque poco le importará a ella mi arrepentimiento, es muy tardío.

—No lo creas, es muy importante saberse arrepentir a tiempo.

—Judy no querrá saber nada conmigo, ahora.

—Estás en un error, David. Tú y yo somos incapaces de perdonar; pero ella es muy superior a nosotros

y te perdonará. Es buena y ama tal como ama Henry. Son almas grandes. Yo me marchó; ya estoy vestida, ¿ves? Tú corre a reunirte con Judy; te espera.

—¿No es posible!

—Insisto en que te espera.

Olivia le acompañó hasta la puerta de la habitación donde estaba sufriendo la enferma en la cama, con la cabeza cubierta por los vendajes que apenas dejaban asomar los ojos.

David penetró de puntillas, y ella reconoció sus pasos en seguida.

—¿David!

Se arrodilló éste junto a la cama y cogió la manecita de Judy, besándola cariñosamente.

—¡Judy!...—un sollozo privó a David de hablar más.

En los ojos de su esposa brilló una lágrima de felicidad.

Olivia miraba la escena conmovida. Judy sonrió a su cuñada y ésta cerró la puerta, dispuesta a marchar para siempre de aquella casa donde pudo haber sido feliz.

Henry esperaba en el vestíbulo.

—¡Olivia!

—Sí, Henry, ha llegado la hora de marchar.

—Sí, y yo voy contigo.

—Gracias, Henry, pero es preferible que marche sola.

—He dicho que voy contigo. Durante la noche pasada hemos apren-

dido muchas cosas y de ahora en adelante todo será distinto.

—Creo que he ofendido a muchos en esta casa y no quiero molestarles más con mi presencia.

—También a ti te han ofendido, pero ahora todo ha terminado y sólo queda lo que siempre has querido, ¿o es que ya no me quieres?

—Henry, siempre te he querido, pero es mejor que me vaya.

Olivia se dirigió al pórtico, bajó las escaleras, al pie de las cuales esperaba un auto. Subió en el coche, se sentó ante el volante mientras discutía con su marido. El saltó al estribo y ella puso el coche en marcha.

Ana salió al pórtico.

—¡Henry!—gritó Ana—. No la dejes marchar sola, debes acompañarla y no la abandones jamás. Ayer noche me di cuenta del gran corazón que tiene Olivia.

Saltó Henry dentro del coche, y

todavía oyeron la voz de Ana gritando:

—¡Perdonadme los dos, perdonadme!

Emprendió el auto voloz carrera, alejándose de la finca, y entonces se le ocurrió a Henry que había marchado sin equipaje.

—Oye, Olivia, tendremos que parar en algún sitio para comprar ropa, no llevo más que lo puesto.

Se levantó la tapa del asiento posterior y Belvedere asomó la cabeza.

—No se preocupe el señorito por ropa—dijo la negrita—. Puse su maleta en el coche, porque estaba segura de que vendría con nosotros.

Henry y Olivia se echaron a reír y aquél dió un beso a su mujer. Esta soltó el volante por un momento y el coche hizo un movimiento brusco que por poco hizo saltar a la negrita al suelo.

—¡Un poco más de cuidado, mis amos!

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agencia de amor	Gene Raymond
Rictor Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagi
Melodía rota	Willy Borgel
Tiranos del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Aon Sothorn
Maria Ilena	Paula Wessely
Pesada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vero	Clive Brook
Químicos de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

SERIE ALFA

2'50 p'tas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Rederava
Las dos niñas de París	C. Bingham
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juveniles	Mickey Rooney
Margarita Gentile	Creta Carbo y Robert Taylor
Mortal agitación	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pareda
El signo de la Cruz	Fredric March
El asesino invisible	Walter Abel
Los dos pilletes	Jacques Teyrol
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Tarsán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Ross	Judy Kelly
Acusada	Doctores del Río
Fuerza de hombre	Mickey Rooney
Lo prefiero millonario	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothorn
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Nígar	Victor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Mickey Rooney
Fruto dorado	Clark Gable
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irre	Ana Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Aries
Binconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
Éran tres hermanas	Luisita García
Bohemios	Emilia Allaga
Don Flospandia	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Marfingala	Niño Marchena
Reptemo usted	Celia Gémaz
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmanet
Tierra y cielo	Maruchí Fresno
¡Ay-Alá!	Inés de Val
¿Quién me compra un bio?	Maruja Tomás
Alas de pan	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre sacado	L. García
La Dolorosa	Rojita Díaz
La Millena	R. de Sentmanet
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Mincayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Podro Terol
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	I. Argentina
Misterio en la Mariama	C. Gardel
Rocas de otoño	Tomy D'Alay
La patria chica	M. F. L. Guevara
La chica del gato	Estrellita Castro
Un enredo de familia	Josita Hernán
La culpa del otro	Morcedas Vacino
Fin de curso	Luchy Soto
Mi enemigo y yo	Josita Hernán

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Fior de espino	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Geron
Otoño	Roberto Rey

NOVELAS POLICIALES

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO
EL CRIMEN DEL SIGLO
SECUESTRO SENSACIONAL
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE
ACUSADA
EL MISTERIO DE VILLA ROSA
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE
EL ASESINO INVISIBLE
ALARMA EN EL EXPRESO
EL SOBRE LACRADO
LA CULPA DEL OTRO
EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 80 cts.

MENCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hor)
NAMIR HUIZ «RAVLES»
NIRA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aíza)
JUANITO VALDEHERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
KIRO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Craqueos)
VIANON
PEPE BALLESTERO
MIRCO

NIRO DE MANCHENA
RAMPER
NIRO DE UTHERA
FILAMIN ARCOS
NIRA DE LOS PINES
CURRO CALMONA
GUERRITA
TRIO HUAPANGO
GURO DE HUELVA
MARIA FLORES
MANOLO «EL GAFAS»
JOSE SEGARRA
PEPE BLANCO
CARMELA MONTES
TOMAS DE ANTEQUERA
HUGO DEL CARRIL
GRACIA DE TRIANA
NIRO DE AMADEN
ROSARIO LA CANTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDA-
LUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Ago-
tado)

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Escaristo y su Orque-
sta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta
(Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 125 ptas.

LUISITA ESTIENO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-
HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BOMA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 150 ptas.

PIPE PINTO
ADOLFO ARAGO. JAZZ-HOT
MERCEDES VICINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPARA - JAZZ
GOZALBO LLORENS - MEXICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABRIEL-BONET DE SAN PEDRO
BERNARD HILDA

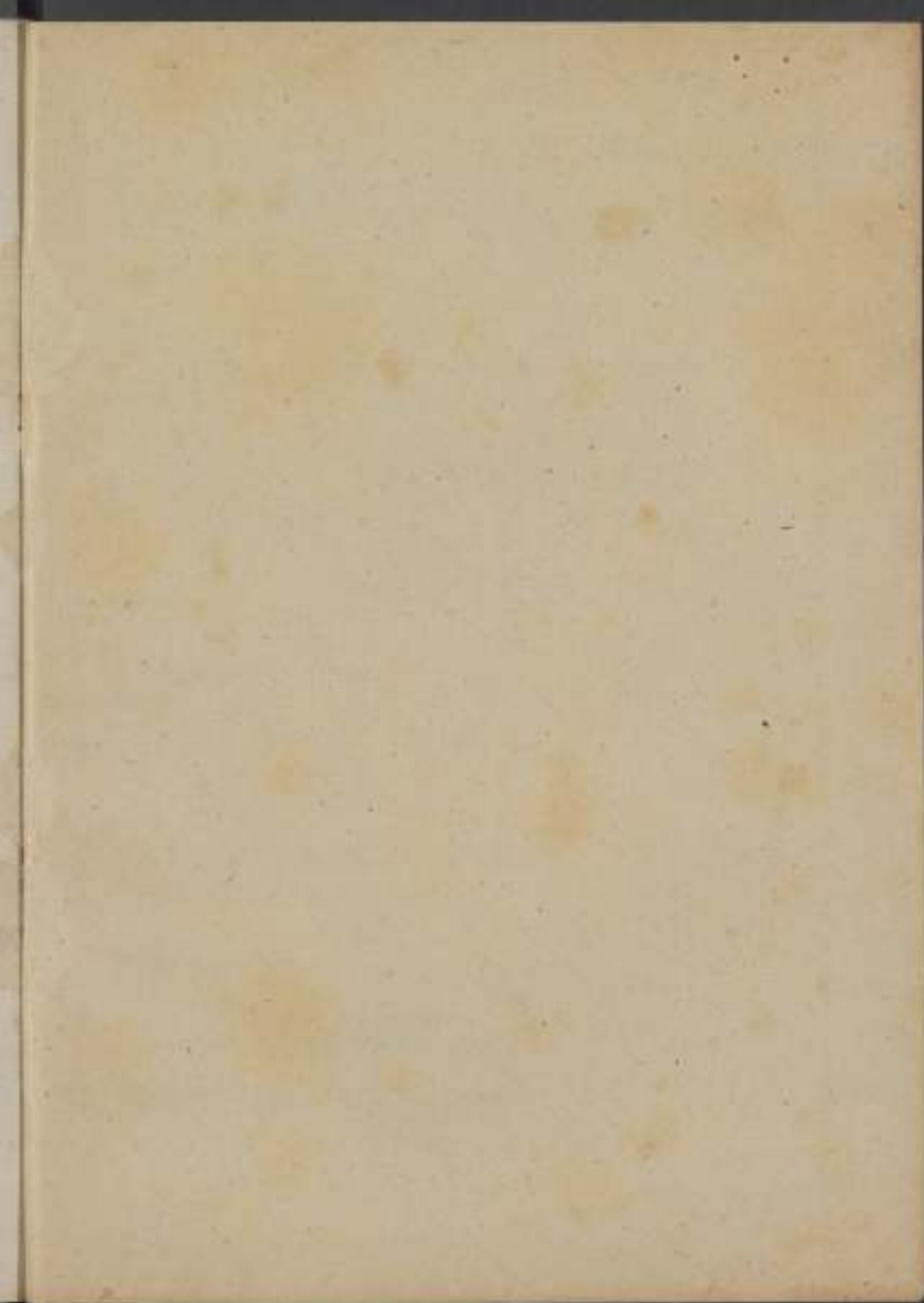
MUSA ARGENTINA
SIMPOLVEDA - R. BOLUDA
M.^a LUISA JARONA - MARY MERCE
Y TERRITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSE VALERO
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 2)
ORQUESTA DE-MON
MARIO GABARRON
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES

Pedidos a

Editorial APAS

Apriado 707

BARCELONA



SOLAMENTE
EN
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
DE



encontrará usted las novelas cinema-
tográficas de las producciones de la
actual temporada de la invicta marca



LA MUJER DE LAS DOS CARAS

GRETA GARBO
MELVYN DOUGLAS

LUNA LLENA

JEANETTE MACDONALD
NELSON EDDY

LA HORA RADIANTE

JOAN GRAWFORD
MELVYN DOUGLAS

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

JOAN GRAWFORD
ROBERT TAYLOR

2'50
PESETAS